



Universidad de Chile
Instituto de la Comunicación e Imagen
Dirección de Pregrado

HERMOSINIA DEL 1 AL 7
La historia de vida de Lutgarda Toro Figueroa
Una mujer transgresora de los mandatos sociales y culturales en la época del
salitre

Memoria para optar al Título de Periodista

Marcela Vilaxa Watt

Profesora Guía: Loreto Rebolledo

Santiago, octubre de 2009

En memoria de Lutgarda Toro Figueroa.

Agradecimientos

A mis padres por el amor, apoyo y comprensión brindada durante mis años de carrera universitaria.

A Gabriela Piña por convertirse en el pilar fundamental de este reportaje y por motivarme, con cada una de sus palabras, a seguir descubriendo aspectos de la vida de Lutgarda Toro Figueroa.

A Pablo Urrutia, por estar a mi lado siempre.

A mis amigos y amigas que contribuyeron de alguna u otra forma en este proceso. En especial, a Paulina Roblero y Pamela Barría por sus agradables consejos.

Finalmente, a mis entrevistados, quienes entregaron parte de su tiempo para compartir esta historia conmigo.

Yo estaba en el salitre, con los héroes oscuros, con el que cava nieve fertilizante y fina en la corteza dura del planeta, y estreché con orgullo sus manos de tierra.

Pablo Neruda.

Índice

Introducción.....	6
Capítulo I	
Develando el pasado.....	10
Capítulo II	
Entre desierto y mar.....	23
Capítulo III	
Mr. William Watt Buist.....	39
Capítulo IV	
Bilbao 46.....	52
Capítulo V	
Hermosinia del 1 al 7.....	65
Capítulo VI	
La curandera.....	78
Capítulo VII	
San Ignacio Norte.....	87
Fuentes de la memoria.....	101

Introducción

Bajo el suelo árido del desierto de Atacama, se esconde la evidencia de una etapa de la historia de Chile marcada por la diferencia entre clases sociales, el trabajo esforzado y las tradiciones culturales de la época.

Es la memoria de un periodo liderado por hombres, donde el afán por generar ganancias a través de las explotaciones de nitrato¹, creó una sociedad fragmentada entre obreros, ficheras, pulperos, enganchadores, arrieros, comerciantes, ingenieros y una serie de labores reconocidas o no, por la administración de cada oficina.

En un corto periodo de tiempo, la población creció en grandes cantidades. Chilenos, bolivianos y peruanos, entre ellos; hombres, mujeres y niños, llegaron a las salitreras en busca de una mejor calidad de vida. Pues, el denominado “oro blanco”, generó la atención de muchos que dejaron sus tierras para trasladarse a un sistema limitante. Algunos, atraídos por los comentarios de la gente, otros, por medio del enganche².

De este modo, el norte del país se convirtió en un espacio enriquecido de historia, relaciones sociales e identidad. Todos, conceptos que convergen en un periodo determinado por la relación obrero-salitrero, obrero-patronal, obrero-Estado, en el que los mandatos culturales y la ideología de ese tiempo, marcaron al personaje de la época.

Hoy sólo subsisten ruinas. Muchas, deterioradas con el tiempo. Otras, desaparecidas bajo el suelo arenoso de la pampa. En esos mismos terrenos, descansan las almas de miles de personas que arribaron a la región a partir de 1910, año en que comenzaron a surgir las primeras explotaciones de salitre.

¹ El nitrato fue el mineral extraído del suelo de la pampa, para ser procesado y convertido en salitre.

² Método utilizado por las denominadas “Casas Enganchadoras”. Verdaderas instituciones que se dedicaban a reunir a personas de diferentes sectores del país, para trabajar en la mano de obra dentro de las faenas de salitre.

Hoy todo predomina en el recuerdo. En una serie de reliquias encontradas bajo suelo. El mismo que hace años atrás fue picado por los obreros en pleno sol de la pampa. Todo, para extraer el mineral que entregó sustento económico al país, pero que mantuvo en paupérrimas condiciones a sus trabajadores.

En este mismo contexto, la existencia de la mujer no tenía mayor relevancia social en las diferentes faenas del norte. Las denominadas salitreras contaban con prostitutas, dueñas de casa y comerciantes que, dentro de un mundo de hombres, trabajaban para satisfacer las necesidades de los peones, administradores, ingenieros y empresarios. “Fueron pocos los oficios que las mujeres desempeñaron bajo la administración formal de los salitreros, fue el caso de las mujeres que trabajaron en las pulperías como empaquetadoras, cajeras, etc. (...) pero el oficio femenino por excelencia fue el de cantinera, un oficio propio del campamento y al servicio de los obreros”³.

A pesar de la importancia de sus labores, no existen investigaciones que resalten el rol femenino de la época. Pues las mujeres y los indígenas que vivieron en los campamentos, apenas forman parte de los escasos estudios que describen este periodo. Con esto, existe “una abierta disparidad entre el conocimiento real que se tiene sobre (...) sus actividades, tanto pasado como presente, y el virtual desconocimiento de aquéllas en las páginas de los libros de historia de Chile”⁴.

Asimismo, existieron mujeres que insistieron en resaltar la presencia femenina, debatiendo por sus intereses y derechos políticos que por esos tiempos comenzaban a llamar la atención en los campamentos del norte. De este modo, se generaron reuniones clandestinas y discretas. Esto, debido a una sociedad estigmatizada por el machismo y por los mandatos culturales de la época que las limitaba a desempeñarse en espacios domésticos.

³ González, Sergio: *Hombres y Mujeres de la Pampa*, LOM Ediciones, Santiago, 2002. 196 p.

⁴ Veneros, Diana: *Perfiles Revelados; Historias de Mujeres en Chile, siglos XVIII-XX*, Universidad de Santiago de Chile, 1997. 11 p.

Este pensamiento ideológico se incrementa en 1913. Año en que llega al país Belén de Sárraga. Mujer de pensamiento liberal, aferrada al feminismo y partidaria del movimiento obrero. Esta doctora graduada de medicina en la Universidad de Barcelona, es invitada por el entonces diario radical “La Razón”. Luego de dictar una serie de conferencias en la capital, parte desde el puerto de Valparaíso a la ciudad de Iquique, con el fin de realizar algunas charlas y recorrer las oficinas de la Región de Tarapacá.

Tras algunos discursos en los campamentos del norte, “se empiezan a formar organizaciones (...) llamadas ‘Centros de Mujeres librepensadoras Belén de Sárraga’ (...) que luchaban por el laicismo, contra ‘la carestía de la vida’, por el derecho al descanso dominical de las obreras, contra el alcoholismo en los sectores populares, por la emancipación de las mujeres y contra el machismo”⁵.

Luego de la creación de estos grupos, las mujeres comienzan a integrarse en los diferentes debates acerca de las condiciones de vida de los obreros y la poca remuneración recibida por las 10 horas diarias de trabajo en las faenas. Esto, también conllevó al surgimiento de diferentes sindicatos y partidos populares que lucharon por los derechos de los funcionarios.

Lutgarda Toro Figueroa, fue una de las mujeres partícipes de las diferentes reuniones efectuadas en la entonces oficina “Buenaventura”. Nacida en la salitrera “Tres Marías” el año 1894, esta mujer no sólo fue partidaria de los derechos de los trabajadores y sus familias, sino que además despertó el interés de algunas compañías y asociaciones mineras del país, tras descubrir una serie de terrenos con minerales en sectores aledaños a la localidad de Pozo Almonte.

Según se describe en los diversos registros y documentos pertenecientes al 1er Juzgado de Letras del Departamento de Iquique, dedicó gran parte de su vida a la minería y se consolidó como una persona reconocida en la actividad,

⁵ [En línea] [<http://www.revistapolis.cl/9/belen.doc>]

escapándose del marco de las tradiciones femeninas de la época. Pues en ese periodo, “las mujeres quedaron en las sombras, en una sociedad cuyo predominio era de los hombres”⁶.

A pesar de lo anterior, Lutgarda Toro fue dueña de diferentes yacimientos de Fierro, Sílice, Manganeso, Azufre, Aluminio, Cobre, Plata, Oro, entre otros. Todos, inscritos y reconocidos consecutivamente de acuerdo al tiempo en que fueron encontrados en la comunidad de Pozo Almonte, Huara y Pica. En resumen, descubrió de forma independiente cinco terrenos registrados a su nombre y publicados en los diferentes boletines mineros de la época, entre los cuales, denominó al primero de ellos como “Hermosinia del 1 al 7”.

Del mismo modo, demostró gran autonomía en una etapa donde la diferencia entre clases sociales y de género, eran parte del sistema social. Esto, ignorando el machismo de la época y buscando diversas actividades que la ayudarían a subsistir económicamente. Fue así como también ejerció el comercio ambulante, la iriología⁷ y la medicina a base de yerbas naturales. Estos últimos, métodos aprendidos a través de los indígenas provenientes del sector cordillerano, que llegaron a las oficinas en busca de oportunidades laborales.

Asimismo, Lutgarda nunca optó por vender sus tierras, a pesar de la cantidad de minerales hallados e inscritos bajo su nombre y de las constantes peticiones recibidas por parte de algunas asociaciones mineras para comprar sus terrenos. Además, según lo relatan sus familiares, habría sido considerada como la primera mujer minera del país, tras la publicación de un reportaje escrito en uno de los boletines mineros de la época. En él, aparecería una fotografía de esta mujer con un artículo que relata su historia de vida ligada a la minería, junto a cada uno de los yacimientos encontrados.

⁶ González, Sergio: *Hombres y Mujeres de la Pampa*, LOM Ediciones, Santiago, 2002. 43 p.

⁷ Método antiguo de medicina alternativa que diagnostica enfermedades a través de la observación del iris del ojo.

Capítulo I

Develando el pasado

Ya había transcurrido más de una hora de conversación. Para mí, nada extraño. Cada visita a la casa de mi abuela, se transforma en una mesa de plática en la que convergen miles de historias familiares.

Un par de veces había escuchado que mi abuelo, por parte de mi madre, vivió por varios años en el norte. Lo que ignoraba completamente, era que ese tiempo coincidía con la etapa en que la pampa fue el epicentro de grandes tertulias, presentaciones culturales y un estilo de vida similar al europeo, descrito en algunos libros de historia.

Para mí, una etapa atrayente. Enriquecida de historias que escasamente se encuentran en investigaciones o reportajes. Sólo en mi primera universidad, donde comencé a dar mis primeros pasos en el periodismo, descubrí gran parte de ese periodo del norte grande. La verdad, es que nunca pensé que sería un ramo más en mi carrera universitaria.

Luego, comprendí que no sólo se trataba de aprender sobre el surgimiento, el desarrollo y las consecuencias que dejaron las más de 99 oficinas salitreras que funcionaron en el norte del país. Más bien, de escuchar la historia de quien había sido partícipe de ese sistema desde niño. Con unos 60 años de edad, Jorge Stavros, mi profesor de aquel tiempo, relataba con naturalidad frente a sus alumnos, todos los detalles de su experiencia dentro del campamento donde vivió.

Recuerdo perfectamente, el día en que contó cómo fue su niñez dentro de la oficina salitrera. A modo de ejemplo, mencionó habérselas ingeniado para crear una pelota de fútbol con calcetines viejos para entretenerse con sus compañeros de escuela. Su relato continuaba con la llegada a casa tras la jornada escolar, donde lo esperaba su madre. Su hogar, contaba con un par de

piezas, un pequeño espacio para cocinar y otro que servía de living o comedor. Al revelar aquellos recuerdos, también dio a conocer las paupérrimas condiciones en las que vivían las familias de ese tiempo.

Si mal no recuerdo, comentó que su padre no era ingeniero ni empresario. La verdad, es que pocos hombres contaban con el respaldo de una carrera profesional. De este modo, dejó entrever la poca equidad existente entre las clases sociales. Pues “basado en la contradicción social que define a la clase social (...) se produjeron durante el ciclo de expansión del salitre, distintos grupos en las salitreras de Tarapacá y Antofagasta identificándose como miembros de alguna clase social, proletarios o capitalistas, obreros o patronos”⁸.

Justo en el periodo en que absorbía atenta gran parte de la historia del norte grande, mis padres vivían en Iquique. Yo también viví ahí. Incluso, más de lo que esperaba. Mi padre, ingeniero en minas, nos tuvo que acostumbrar desde pequeños a los cambios. De forma constante se trasladaba hacia otras empresas para desempeñar su profesión. Con esto, varias veces dejamos atrás nuestras amistades, nuestro barrio, nuestro colegio y entorno, para dirigirnos a otro lugar donde vivir. De este modo y tras un tiempo recorrido, llegamos a la Región de Tarapacá.

Triste, solitario, árido, sin lluvia ni áreas verdes, pero con un ancho mar. Esa fue mi primera impresión luego de haber vivido por mucho tiempo en Santiago y Quilpué. Impresión que fue cambiando con el tiempo. Porque como si fuera poco, mi cercanía con el norte iba más allá que lo anterior. Mi padre tenía a toda su familia viviendo en Pica; un pequeño oasis al interior de Iquique. Pueblo que en los años de las primeras oficinas salitreras, no era más que un par de calles con casas construidas de cáñamo y barro, en las que habitaban una serie de peruanos que llegaron al país en busca de trabajo. Por ende, parte de mi ascendencia es peruana.

⁸ González, Sergio: *Hombres y Mujeres de la Pampa*, LOM Ediciones, Santiago, 2002. 41 p.

El denominado “Oasis de la Pampa” fue un lugar constantemente visitado por mi familia. El trayecto hacia esta localidad, comprende el paso por Pozo Almonte, La Tirana y lo que queda de las ex oficinas salitreras Humberstone y Santa Laura. Sin duda, una parada inevitable en el camino que provocó que mi conocimiento acerca de la historia del norte grande, comenzara a entrelazarse con las ruinas que hoy quedan en esos lugares. Una grata e inolvidable experiencia que repetí las veces que pude.

La plazoleta, la pulpería, el mercado, el teatro, la iglesia, entre otros lugares recorridos, parecían recobrar la vida que alguna vez tuvieron. Asimismo, las mujeres lucían lujosos vestidos provenientes de Europa bajo sus sombrillas, sus hijos se recreaban con juguetes hechos de hojalata, mientras sus padres sentados en un banco, leían la última edición del boletín minero de la época.

En uno de esos instantes, mientras recorría los pasajes de la ex oficina Humberstone, mi madre comenta en voz tenue que su abuela vivió por varios años en la salitrera Buenaventura. No pasaron más de 20 segundos, cuando un desborde de preguntas colapsó en mi mente. Esas mismas interrogantes, fueron el primer paso hacia la historia de vida que se convertiría en la base de este reportaje. Mi bisabuela, Lutgarda Toro Figueroa, se había dedicado a la minería en el tiempo del salitre. Lo que es mejor aún, su imagen fue publicada en uno de los boletines de la época, junto a una crónica que la describía como la primera mujer minera del país.

“Tuve en mis manos esa fotografía. Salía el nombre de ella y se le reconocía como la primera mujer minera del país. Era un reportaje. Aparecía con sus botas, con pantalones aglobados, con una fusta y un traje café como el de los militares”, comenta Gabriela Watt, nieta de Lutgarda Toro, quien con un poco más fluidez, comienza a relatar los pasajes de la vida de su abuela.

Aunque suene curioso, fue la primera vez que escuché hablar de Lutgarda. Nunca antes, ni en las cuantas visitas a la casa de mi abuela en Quilpué, había oído su nombre. Pues siempre, el principal protagonista de las historias era su

único hijo; Gerardo Watt Toro, quien también visitó constantemente las oficinas de la región. “Después de 40 años, fuimos al norte con mi papá. Él llegó y vio las puras ruinas de la salitrera Buenaventura. En ese lugar estaba la pulpería de su abuela. Buscamos si quedaban cosas y encontramos unos papeles de la época, unas fichas, botellas, etc. Pero en esa oficina ya no hay nada. No es como las otras, en las que aún quedan algunas casas en pie”, agrega Gabriela Watt.

Ya con una serie de datos recabados, mis viajes a Quilpué fueron más constantes. En ese tiempo, había vuelto a Santiago para terminar mi carrera en otra universidad. Sin ahondar mucho en el tema, la identidad nortina terminó limitándome y, nuevamente, por un traslado de mi padre, partí en busca de más oportunidades laborales y contactos, lo que concluyó en más años de estudio y experiencia.

Las casi dos horas de viaje hacia la Quinta Región, se convertían en el paso de un siglo a otro. Mi abuela, Gabriela Piña, con quien siempre he tenido una relación muy cercana, fue la base y fuente de inspiración de esta historia. Sin ella, probablemente reconstruir la vida de Lutgarda habría sido difícil. Pues, tras el fallecimiento de su único hijo, es quien guarda más detalles de la vida de esta mujer.

“Conmigo era cariñosa. Me decía comadrita porque éramos comadres; ella era la madrina de mi hijo Daniel. Le decía ‘mi cocholito’. Lo encontraba muy parecido al papá de mi esposo Gerardo”, comenta Gabriela Piña, la nuera de Lutgarda, mientras toma una taza de té en la sala principal de su casa en Quilpué.

Sobre la mesa de centro, una serie de fotografías en blanco y negro parecieran cobrar vida con cada historia contada. En ellas aparecen los siete nietos de Lutgarda: Daniel, Gerardo, Olivia, Gabriela, Milton, Margarita y Magela. Hoy, tres de ellos residen en el extranjero. Los otros, forman una parte esencial dentro de este reportaje.

La luz empieza a perderse sobre las fotografías de la familia Watt Piña. El sol comienza a dejar atrás una tarde intensa, llena de conversaciones e ideas que rondan en mi cabeza. Gabriela, casi a oscuras, persiste en comentarme acerca de la relación que tenía su suegra con sus siete hijos. “Era súper preocupada con ellos, consentidora. Estos hacían lo que querían con ella”, agrega.

Mis trayectos hacia Quilpué, no sólo acarreaban la intención de descubrir más sobre la vida de esta mujer. Gran parte de mi infancia transcurrió en esa ciudad. En la misma casa en la que hoy vive Gabriela Piña. La misma que construyó mi abuelo Gerardo, único hijo de Lutgarda, quien falleció de un ataque al corazón un poco antes de mi nacimiento.

De él siempre se comenta en las reuniones familiares. Su paso por la vida, estuvo marcado de buenos momentos que quedaron en la memoria de sus hijos y esposa. Por mi parte, me hubiese encantado conocerlo. Más aún, por todas las historias y anécdotas que escondía. “Nadie supo cuál fue el periodo exacto en el que ‘el viejo’ vivió en Iquique. Lo que comentaba hartito, era que jugaba mucho con niños peruanos que lo molestaban por ser chileno”, comenta Gabriela en el living de su casa. Mientras termina de hablar, se levanta con algo de dificultad del sillón en el que se encuentra, para encender un par de lámparas que iluminarían lo que quedaba de nuestra charla.

Era un día de verano, caluroso, pero agradable. Yo, siendo lo más periodista posible frente a mi abuela, anotaba cada dato relevante, mientras mi antigua grabadora guardaba todos los detalles de la conversación. La pauta de preguntas preparada especialmente para esa entrevista, nunca fue respetada a cabalidad. La improvisación surgía de forma innata, tras cada una de las respuestas que abrían paso hacia otros aspectos de la vida de Lutgarda. Algunos, difíciles de comprender, pero que de a poco comenzaron a evidenciar la versatilidad que caracterizaba a esta mujer. La misma que le dio sustento económico y educación a su hijo.

Mi interés fue cada vez más intenso. Me bastaba con saber que siendo madre soltera, había sobrepasado los límites culturales de la época del salitre, escapando del estigma social y desempeñándose en un trabajo considerado sólo para hombres. Sin embargo, el afán por descubrir más sobre su vida, me llevó a intrusear por los lugares más recónditos de la casa de mi abuela en Quilpué. Fue así como me topé con el pilar de esta historia, con los documentos que dejarían la evidencia de su paso por la minería y que me ayudarían a vislumbrar el tiempo en que optó por adentrarse en esta actividad.

“Lutgarda Toro Figueroa, chilena, soltera, domiciliada en esta ciudad, Restaurante San Lorenzo, con todo respeto digo: que canteando en los cerros al Oeste del pueblo de Pozo Almonte, he encontrado unos yacimientos de fierro y otras sustancias. En consecuencia, vengo a hacer manifestación de veinte pertenencias de cinco hectáreas cada una que denominaré ‘Hermosinia uno a veinte’”, dice una copia autorizada por el Primer Juzgado de Letras de Iquique. Documento que junto a otros encontrados, se remontan a partir del año 1930.

Cartas de asociaciones mineras, patentes, inscripciones de minerales, boletines de la época, certificados de nacimiento, mapas de los terrenos, etc. Una reliquia que data de la época en la que el salitre fue el principal sustento del país. Etapa de la historia de Chile marcada por una hegemonía de empresarios europeos, que abrió paso al surgimiento de diferentes oficinas salitreras y a un estilo de vida dependiente a la clase social a la que se pertenecía.

“Mi abuela fue una mujer muy esforzada, digna de recordar. En ese tiempo la diferencia entre clases sociales era muy extrema. Por supuesto, ella no perteneció a la elite, por eso le costó tanto salir adelante”, dice Ilse Watt, una de las nietas de Lutgarda. Fumando un cigarro, revisa las fotos y los documentos que describen los yacimientos de minerales encontrados por su

abuela. “Estos papeles estuvieron mucho tiempo escondidos entre algunos cachureos de esta casa. Cuántas historias deben esconder. Quizás, mi padre los guardó como recuerdo”, agrega.

Tras el hallazgo y análisis de los papeles, descubrí también la magnífica vida de Lutgarda. Una experiencia de vida merecedora de plasmarse en unas pocas hojas en blanco. Pues tal como lo dice la historiadora Diana Veneros en su libro “Perfiles Revelados; Historias de Mujeres en Chile, siglos XVIII-XX”, “las mujeres están insuficientemente representadas en la historiografía nacional y su calidad de actores históricos no ha sido adecuadamente reconocida, constituye hoy una evidencia que pocos se atreven a desconocer”.

Descubrir cada uno de los pasajes de esta historia, fue también encontrarme con una falencia, para mí crítica, de información. Y no me refiero a una escasez de datos históricos, sino más bien, a la casi nula presencia femenina en los párrafos de los pocos libros que describen o interpretan parte de esta etapa. “La mirada de los investigadores que han estudiado el enclave salitrero desde el paradigma de clase social, han dejado fuera a estos grupos cuyas identidades (...) construyeron un tejido cultural y social en la pampa de Tarapacá y Antofagasta durante el ciclo de expresión del salitre”⁹.

Asimismo, miles de historias se han ido perdiendo en el tiempo. Las mismas que pudieron ser parte fundamental en la reconstrucción de una época estigmatizada por el trabajo obrero, el rol empresarial y la minería. Oficios acotados a la figura masculina por excelencia. Ignorando que tras cada uno de esos hombres, existía una mujer que desempeñaba las labores más fundamentales de cada oficina salitrera.

Para la historiadora, Diana Veneros, “la invisibilidad de las mujeres en los libros de historia que describen esta etapa, tiene que ver con desde dónde se construye el saber. Es decir, desde el poder, desde lo hegemónico. De manera que en el marco de un modelo en el cual la hegemonía y el poder están del

⁹ Ibidem.

lado de los varones, te acercas a la construcción disciplinaria que plantea que el hombre es más racional que la mujer, incluso, en los documentos y fuentes disponibles para hacer la historia. Es la escasa presencia de la mujer, versus una relevancia del hombre. No aparecen, salvo en sus roles domésticos, como acompañantes del varón o reveladas en homogeneidad al varón, en tanto reproduzcan virtudes, atributos o desméritos. Es decir, como transgresoras. Mujeres desviadas con respecto a lo que su época les está planteando, que se parecen a los hombres en lo heroico o en lo delincuencia, además de aquellas que son muy aguerridas”, explica.

Según el doctor en historia y profesor del Departamento de Ciencias Históricas de la Universidad de Chile, Sergio Grez, esto “tiene que ver con el rol histórico que se le asignado a la mujer, relacionado más bien a los espacios domésticos, que no son los que han concitado la preferencia en los estudios historiográficos, sino que han sido los espacios públicos; sean estos de tipo político, en el plano económico o cultural, a los que se les ha prestado más atención”, explica.

Sara Benavides nació el año 1950 en la salitrera Bellavista. Hoy, es la presidenta de la corporación “Hijos del Salitre”, entidad integrada por una serie de pampinos que vivieron en los campamentos del norte y encargada de organizar actividades relacionadas con las ex oficinas de la región. Para ella, “los pampinos en este momento son una raza en extinción. Como nos tocó vivir con la rudeza de la naturaleza, del clima, de tantas carencias y otras cosas, somos personas de carácter súper fuerte. Las mujeres eran trabajadoras, excelentes madres, dueñas de casa, entregadas a todo. Y los hombres, son hombres a cabalidad. Es un orgullo inmenso haber nacido en una oficina salitrera, haberme criado ahí. Tanta cultura, tantas experiencias que se han perdido. Da mucha pena que no existan estudios que describan a la mujer de ese tiempo”, comenta.

En aquel siglo, “el rol femenino estuvo asociado al de una mujer honorable y virtuosa, casada y con hijos, encapsulada en la esfera de lo doméstico y lo

privado (...) si bien poseía una relativa autonomía, quedaba marginada de la toma de decisiones importantes; ésta, se suponía, era una prerrogativa exclusiva masculina”¹⁰. Sin embargo, también existieron mujeres que escaparon de las reglas sociales de la época, que fueron madres solteras y que para solventar y mantener a los suyos, debieron someterse a otro tipo de actividades. Estos aspectos convergieron en una sola identidad; la identidad pampina.

“Los hombres eran machistas, porque vivían y morían trabajando. Eran muy protectores y proveedores. Ellos sentían que debían mantener su casa, a su mujer y a sus hijos. Y las mujeres que trabajaban, lo hacían porque lo necesitaban, porque no tenían buena situación económica o porque quedaban viudas, con muchos hijos. Esto último pasaba mucho”, agrega Sara Benavides.

Rescatar la vida de Lutgarda Toro, fue de a poco convirtiéndose en un desafío personal con el objetivo de mostrar al género femenino en un espacio alejado del machismo y de los mandatos culturales de ese tiempo. Con esto, contribuir a las características de algunas mujeres de la época que marcó grandes hitos como el surgimiento del movimiento obrero y que dio los primeros pasos para el fortalecimiento de la minería en el país.

¹⁰ Veneros, Diana: *Perfiles Revelados; Historias de Mujeres en Chile, siglos XVIII-XX*, Universidad de Santiago de Chile, 1997. 13 p.



Fotografía de mujer en Huara.
Foto: "Iquique y el nitrato, tiempo de recordar", Rocadi, 1999.



Calle de la localidad de Pica.
Foto: "Iquique y el nitrato, tiempo de recordar", Rocadi, 1999.



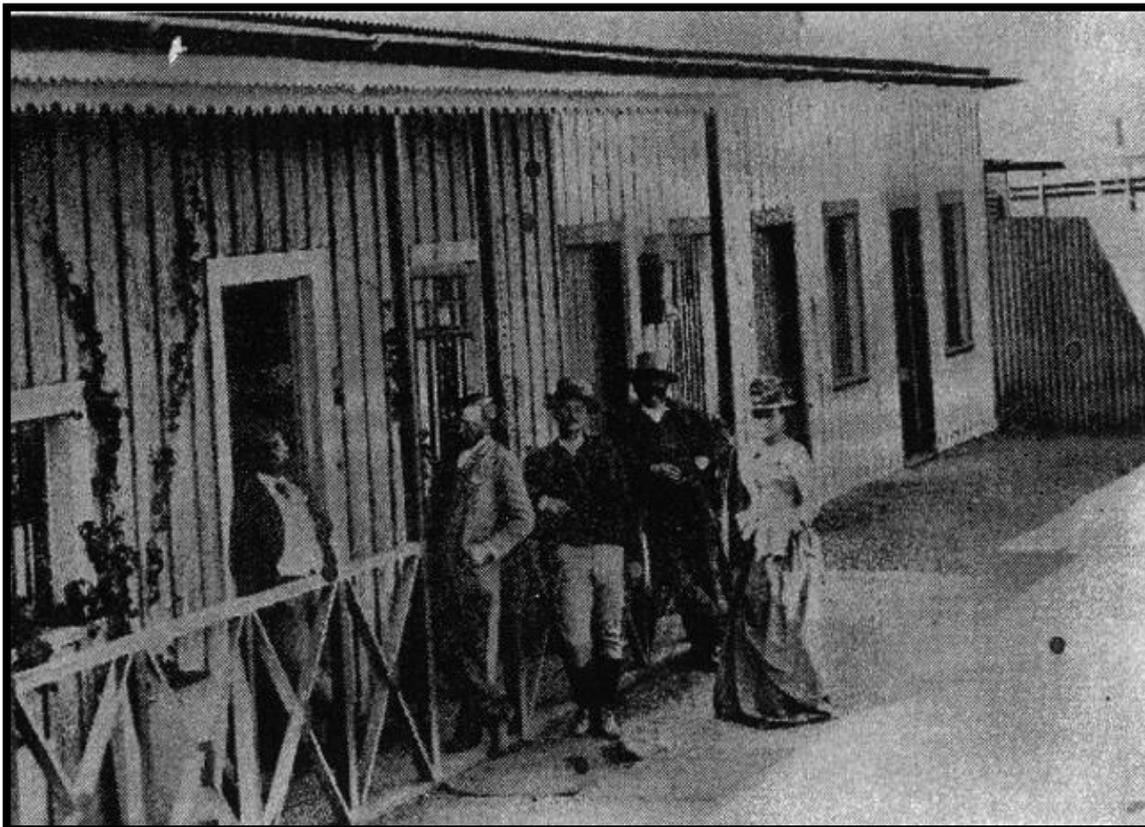
Diligencia de Pica.
Foto: "Iquique y el nitrato, tiempo de recordar", Rocadi, 1999.



Bodega de calamina en Humberstone.
Foto: Marcela Vilaxa.



Aviso público en Humberstone.
Foto: Marcela Vilaxa.



Estación de ferrocarril salitrero.
Foto: "Iquique y el nitrato, tiempo de recordar", Rocadi, 1999.



Ex oficina salitrera Santa Laura.
Foto: "Iquique y el nitrato, tiempo de recordar", Rocadi, 1999.

Capítulo II

Entre desierto y mar

Lutgarda Toro Figueroa nació el primero de abril del año 1894 a las seis de la mañana en la oficina salitrera “Tres Marías”, al interior de Iquique. Su certificado de nacimiento, deja en evidencia que fue inscrita en la localidad de Huara el 14 de agosto de 1937, es decir, cuando tenía 43 años de edad. En ese tiempo, la posibilidad de emitir este tipo de documentos no estaba al alcance de cualquiera. El viaje desde las salitreras, hasta los escasos lugares donde existía Registro Civil, debía realizarse en carretas. Con esto, pocas personas tuvieron acceso al trámite con varios años de atraso.

Una de ellas fue Lutgarda y su hermano José Ramón Toro Figueroa, quien nació el 30 de octubre de 1891 en la ciudad de Iquique. Sin embargo, su supuesta otra hermana, María Toro Figueroa, no aparece en ningún escrito o registro.

Entre los certificados de nacimiento, aparece una tercera persona llamada Hilda del Carmen Toro Figueroa. Según el documento, esta mujer nació en la localidad de Pozo Almonte el 10 de septiembre de 1910 y fue inscrita en el Registro Civil, en abril de 1976. Ella, sería la tercera hermana de Lutgarda. Aún así, según los relatos de sus familiares, existían más hermanos que fallecieron tras algún tipo de enfermedad.

“Las enfermedades en ese tiempo mataban a cualquier persona. Mi suegra tuvo dos hermanas más que fallecieron por culpa de estos malestares. Pero ella siempre dijo que a una de ellas, la habían embrujado. Que un día, su cuerpo empezó a consumirse hasta quedar como una pasa. Ella sabía hartito de esas cosas. Incluso, hacía remedios con yerbas medicinales”, comenta Gabriela Piña.

En una de las entrevistas realizadas en la casa de la nuera de Lutgarda en Quilpué, esta mujer abre un par de cajones de un viejo mueble que permanece en una esquina de su comedor. Al interior, una serie de papeles apilados. “Aquí está el certificado de nacimiento de mi suegra. Pero es uno renovado, porque el antiguo está muy deteriorado. También están los de sus hermanos”, dice Gabriela Piña. En ellos, aparece el nombre de Ramón Toro Figueroa y de Hilda, ambos hijos de José Mercedes Toro e Isabel Figueroa, padres de Lutgarda.

Al preguntar por la supuesta otra hermana llamada María Toro Figueroa, Gabriela responde que “ella no tiene nada que ver con nosotros. Mi suegra la adoptó como hija, pero no tiene ningún vínculo con la familia. En esos tiempos, el Registro Civil, no es lo que es ahora. Cualquier persona llegaba y se apoderaba de otra para pasarla como cualquier familiar. En todo caso, todo el tiempo tuvimos contacto con ella, porque era muy amiga de mi suegra”, comenta.

Tras descartar a María Toro de esta historia, sólo quedaba indagar en cómo era la relación de Lutgarda con sus dos hermanos de sangre. Según lo comentan sus familiares, tenían una relación muy cercana. Tanto así, que cuando Ramón tenía más años de edad, su hermana lo ayudaba económicamente. “Él falleció joven. Nos iba a ver a nuestra casa, pero no tenemos muchos recuerdos de su persona. Hubo un tiempo en que mi suegra le mandaba plata”, comenta Gabriela Watt, una de las nietas de Lutgarda.

Para ellos, vivir desde niños en las salitreras debió ser una experiencia única. A pesar de las condiciones de vida de la época, sus padres tenían trabajos estables reconocidos por la administración de la oficina. Isabel Figueroa, su madre, trabajó por varios años como vendedora dentro de una pulpería en la oficina Tres Marías y luego en Buenaventura. Según comenta Gabriela Piña, Lutgarda también pasaba horas arreglando productos en las estanterías del lugar. “Ella contaba que la obligaban a acompañar a su madre en el negocio

de la salitrera, porque no tenía quien la cuidara cuando era pequeña”, explica.

Este espacio fue uno de los más transitados dentro de las oficinas. A él llegaban todos los productos más codiciados por los obreros y administradores. Desde cigarrillos, pasas, aceitunas, galletas, hasta sedas provenientes de Europa, se vendían a través del sistema de fichas. El negocio abría desde muy temprano en la mañana, “a las 5 o 6, la pulpería iniciaba su jornada diaria, para expender las principales mercaderías que las mujeres o sus hijos iban a comprar para preparar las comidas de los pampinos”¹¹.

Sin duda, uno de los lugares donde más se desempeñaba la mujer. Pues dentro de la pirámide laboral de las pulperías, existían cajeras, empaquetadoras, encargadas del pan, entre otras labores. Sin embargo, también estaba el pulpero, dueño y administrador del negocio y su ayudante, rol que generalmente desempeñaban jóvenes de corta edad. Además, fue el único lugar autorizado por la administración para el comercio. A pesar de lo anterior, algunos desobedecían a las reglas y vendían chicha u otros productos desde sus propias casas.

“Uno de mis tíos siempre contaba que la gente igual se las arreglaba para ganar algo de dinero vendiendo cosas de forma particular. Si vendían pan, por ejemplo, ponían uno en la puerta de la casa, para que las personas lo vieran y se acercaran a preguntar. Con la chicha era lo mismo”, explica la presidenta de la corporación “Hijos del Salitre”, Sara Benavides.

Ningún familiar de Lutgarda recuerda si alguna vez mencionó haber ido a la escuela. En ese tiempo, las mujeres también cumplían el rol de educar a sus hijos. Aquellas que sabían leer y escribir, se preocupaban de dictar algunas clases de castellano, entre otras materias de las que tenían conocimientos. Según el sociólogo y director del Centro de Investigación de la Realidad del Norte, Bernardo Guerrero, “la mujer estaba confinada a los ambientes del

¹¹ González, Sergio: *Hombres y Mujeres de la Pampa*, LOM Ediciones, Santiago, 2002. 138 p.

hogar, la familia y los más cercanos. Atender al marido, criar a los hijos, cocinar, hacer ropas, etc.” Sin embargo, también hubo algunas que dedicaron parte de su tiempo a la educación.

Asimismo, existían precarias escuelas gratuitas donde los niños asistían diariamente. Los pupitres de madera que resistieron al deterioro del tiempo y que hoy se conservan bajo la débil infraestructura de algunas ruinas, guardan el recuerdo de las horas de clases dictadas por mujeres, profesionales o no, que dedicaban su tiempo a la enseñanza. De este modo, de a poco “se instalaron escuelas particulares, ya sea creada por las propias compañías salitreras o por iniciativa de personas (especialmente mujeres) que por poseer algún conocimiento docente solicitaban el reconocimiento de preceptora”¹².

Según la historiadora, Diana Veneros, “podemos ver a las profesoras primarias desde el año 1850, fecha en que parte la escuela normal de preceptores y preceptoras. Desde aquí, vamos a tener un contingente ilustrado que va a hacer activo en las ciudades, localidad u oficinas del norte, donde terminan ejerciendo. Asimismo, eran los personajes más importantes de la ciudad, junto con los abogados, los médicos y la policía. Eran consideradas como la autoridad dentro de cada una de las sociedades”, comenta.

Sara Benavides, quien también vivió en la oficina Buenaventura, explica que “en los colegios había hasta sexto año básico. Lo que aprendí en una escuela básica, me sirvió para toda la vida. Nos enseñaban súper bien, de manera de darnos un barniz general que nos dejara preparados para enfrentar el futuro. Porque después de primaria, no teníamos muchas oportunidades. Los niños terminaban a los 14 o 15 años y se quedaban en la pampa. Hacían el servicio militar, luego volvían a trabajar en la misma empresa. No había más que ese futuro. Las niñas, después de la escuela, trataban de hacer algún curso de diseño de vestuario o ese tipo de cosas. Se intentaba poner talleres o escuelas industriales para estudiar algún oficio y luego trabajar en la misma salitrera. Dependíamos de ello”, dice.

¹² Ibid., 218 p.

Por cierto, los niños que vivieron en las oficinas salitreras no sólo se dedicaban a estudiar, también debieron desempeñar trabajos rigurosos y arriesgados. Por lo mismo, no es extraño encontrarse con una tasa de mortalidad alta de menores en ese tiempo. Así lo describe el periódico de la época “El Nacional” que en la sección Cartas de la Pampa, del día Viernes 27 de febrero de 1903, relata que “durante este último tiempo han ocurrido algunas desgracias a niños que trabajan en ciertas faenas salitreras (...), los que han muerto o han quedado inutilizados para el trabajo. Por lo general, los niños son de corta edad -de 10 a 15 años- quienes aparte de perder lastimosamente su tiempo (...) destruyen su organización física con trabajos superiores a sus fuerzas”.

Asimismo, “al igual que en otros países, el desarrollo del capitalismo en Chile se apoyó durante mucho tiempo en la sobreexplotación de la mano de obra femenina e infantil. A lo largo de todo el siglo XIX, numerosas mujeres y niños fueron empleados en haciendas, talleres, minas y fábricas, soportando extenuantes jornadas de trabajo, en condiciones de franca insalubridad, y recibiendo salarios muy inferiores a los de los hombres que realizaban labores similares”¹³.

Sin embargo, no todos trabajaban en las faenas donde se procesaba el mineral. También hubo algunos que se desempeñaron en labores menos riesgosas. “Habían niños que a los 14 años ya tenían contrato con las casas de salitre. Pero cuando viví en la oficina, casi no habían menores trabajando en las faenas. Algunos sí, pero no se metían a laborar desde tan niños. No todas las actividades eran peligrosas. Por ejemplo, yo tuve un amigo que era ayudante en la carnicería, pero sólo porque quería ser carnicero. Le gustaba porque los huesos se cortaban con un hacha arriba de un tronco ahuecado, con sierras o con serruchos. Realizar esa labor era toda una destreza”, comenta Sara Benavides.

¹³ Grez Toso, Sergio: *De la regeneración del pueblo a la huelga general. Génesis y evolución histórica del movimiento popular en Chile (1810-1890)*, DIBAM, Santiago, 1998. 130 p.

Lo anterior, deja en evidencia que la muerte de un niño en las salitreras, no sólo estaba asociada a este tipo de actividades, sino que también a las enfermedades que en corto plazo contagiaban a las personas dentro de los campamentos. Lutgarda, Ramón e Hilda Toro Figueroa, sobrevivieron a las infecciones de ese tiempo. Sin embargo, según lo cuentan sus familiares, existieron otros hermanos que padecieron algún tipo de mal que terminó con sus vidas.

“Yo escuché un par de veces hablar a mi suegra sobre la existencia de un hermano o hermana más en su familia. Como ella era súper discreta con sus cosas personales, sólo comentó que habían muerto cuando chicos de una enfermedad grave que contagió a varios en la oficina Buenaventura”, dice Gabriela Piña, nuera de Lutgarda.

La diferencia entre clases sociales, también era notoria en la infancia. Sobre todo en lo material. Quienes eran hijos de administradores o empresarios, recibían juguetes provenientes del continente europeo, mientras que los otros se recreaban con autos o cacharros hechos de hojalata. Aunque el periodo de niñez duraba poco, debido a la madurez adquirida desde pequeños por el entorno laboral, los niños de la época “supieron ser felices, (...) la alimentación fue abundante pero no balanceada, disfrutaron del volantín, de los carritos de lata, de las bolitas, de juegos como el salto suplicio o el caballito de bronce, etc. Las niñas conocieron muñequitas con carita de loza y cuerpo de trapo, aprendían a bordar y a tejer”¹⁴.

Según los documentos encontrados, Lutgarda vivió en la salitrera Buenaventura hasta los 25 años de edad. Luego, se habría retirado hacia la Quinta Región por un tiempo, para regresar nuevamente al norte de manera intermitente. Pues algunos certificados notariales, describen su residencia ubicada en la calle San Martín número 737 en el centro de Iquique. Por lo tanto, toda su niñez y parte de la adolescencia la pasó dentro de un sistema

¹⁴ González, Sergio: *Hombres y Mujeres de la Pampa*, LOM Ediciones, Santiago, 2002. 218 p.

limitante, con una sociedad multinacional, debido a las diferentes naciones y culturas que confluyeron en la pampa.

Por otra parte, “existía mucha vida social en el campamento. Tenían filarmónica, teatro popular, clubes sociales, biógrafo, fiestas religiosas, etc. Un sin fin de actividades que realizaban constantemente”, comenta Sergio González, el sociólogo y autor del libro “Hombres y Mujeres de la Pampa”.

Gerardo Watt es uno de los siete nietos de Lutgarda. Por cierto, uno de los que conserva más recuerdos de su abuela por ser mayor que sus demás hermanos. En su parcela de San Bernardo, donde reside hace varios años con su pareja, conserva en la pared del cuarto principal una fotografía de su padre, quien también se llama Gerardo. Con mirada directa, algo de seriedad y el pecho inflado, aparece vestido con uniforme de bombero.

“Ahí está mi papá”, dice “el Toño”, como lo llama su familia. Tras un almuerzo contundente en el que comenta algo de la vida de Lutgarda, se sienta a tomar un té completamente dispuesto a dialogar por largas horas sobre todos los recuerdos de su abuela. “Ella tenía un baúl lleno de sedas de la época. Ahí guardaba los vestidos que ocupaba en las fiestas que se hacían en las salitreras. Me imagino que guardó esos trajes, porque para ella no fue fácil conseguirlos”, comenta.

Aunque existan escasos registros bibliográficos que expliquen en detalle la cultura de la época, lo cierto es que la evidencia de aquello se conserva en la memoria de quienes fueron partícipes de esa etapa y en los diferentes archivos visuales que permanecen en algunos museos del norte del país. “Cada hombre y mujer venido de otras zonas vinculó al enclave con otras formas de vida, llegaron junto a bienes, insumos e ingresos, ideas literatura, valores, modas, costumbres, etc., que fueron el crisol cultural de campamentos, pueblos, cantones y puertos”¹⁵.

¹⁵ Ibid., 126 p.

El norte pasó a ser el territorio que reunió a las mejores presentaciones culturales de la época, siendo la publicidad de ese tiempo, la evidencia de los espectáculos que constantemente se hacían en el lugar. Musicales, obras teatrales, entre otro tipo de funciones provenientes del país o del extranjero, se realizaban en la pampa. Eran compañías y sinfónicas que llegaban a Chile para realizar sus *shows* en las oficinas de la zona. De este modo, la región se nutría de un espacio cultural en el que se generaban las relaciones sociales entre hombres y mujeres del norte.

“Todas las oficinas tenían un teatro. La empresa decidía qué películas pasaban, etc. Manejaban todo. Ellos contrataban las cintas cinematográficas que vería la gente. En mi tiempo eran mexicanas. Recuerdo mucho las de Cantinflas”, comenta la pampina y presidenta de la corporación “Hijos del Salitre”, Sara Benavides.

Con lo anterior, Tarapacá se caracterizó por juntar a los mejores espectáculos nacionales e internacionales a los que se asistía para lucir atuendos y entablar relaciones. Asimismo, el norte comenzó a “definir una identidad social y cultural, (...) un espacio construido por múltiples generaciones de hombres y mujeres que en ese construir crearon una identidad socio-cultural”, tal como lo explica el sociólogo Sergio González en su libro “Hombres y Mujeres de la Pampa”.

“Imagínate las reuniones sociales que se formaban en ese tiempo. Eran verdaderas fiestas en las que se conversaba de negocios, trabajo, minería, música, etc.”, dice Gerardo, nieto de Lutgarda. “Mi abuela nos contaba que con su hermana buscaban los mejores trajes para asistir al teatro, porque era la instancia para conocer a los europeos que llegaron a Chile en ese tiempo”, agrega.

Fuera del machismo de la época, existían momentos en que las mujeres se reunían para charlar y juntarse con sus pares con el fin de comentar temas políticos, de educación, trabajo o religión. Pues, tal como lo dice la

historiadora Diana Veneros en su libro “Perfiles Revelados; Historias de Mujeres en Chile, siglos XVIII-XX”, “la conciencia femenina de la segunda mitad del siglo XIX (...), tendió a perpetuar un ideal femenino (impuesto por la tradición y la religión) en el que la pureza, la sumisión y la rígida obediencia a las normas establecidas constituían preceptos fundamentales”.

Sin embargo, tras haber cumplido varios años viviendo en las salitreras, Lutgarda escapaba de algunas normas sociales que mantenían a la mujer sometida en los trabajos domésticos de las oficinas. Ella, a pesar de haber ayudado a su madre en la pulpería, siempre tuvo interés por la labor del minero.

“Mi abuela nació entre cerros y vio que podía tener una mejor situación si encontraba otra forma de ganar dinero, porque en ese tiempo no había mucho a qué dedicarse. Más bien, el trabajo estaba reducido a los típicos que existían en las oficinas. Entonces vio que podía prosperar en alguna labor y sentar un precedente con aquello”, explica Gabriela Watt, nieta de Lutgarda.

Aproximadamente a los 20 años de edad, Lutgarda comenzó a darse cuenta que debía independizarse económicamente. Probó con el comercio ambulante, una labor que desde los 13 años realizaba en los ferrocarriles que provenían desde la zona central. En ellos, se subía para vender sándwich y algún otro producto comestible que mandaba su madre en canastos de paja.

Desempeñó la actividad por varios años. Sin embargo, esta labor estaba estrictamente prohibida por las administraciones de cada oficina salitrera, pues el único lugar autorizado para la venta, eran las diferentes pulperías existentes en la época. Sin embargo, la poca equidad entre las fichas pagadas a los trabajadores, con la escasa cantidad de alimentos que podían adquirir con éstas, “fue el despojo en la ecuación ficha-pulpería, que llevó a los obreros a solicitar la eliminación de la ficha (o su cambio a la par) y la introducción del comercio libre en los campamentos”¹⁶.

¹⁶ Ibid., 133 p.

Este desacuerdo, fue uno de los primeros indicios que llevaron a crear conciencia en los obreros sobre la calidad de sus labores y las condiciones de vida que llevaban dentro de las salitreras. Junto con esto, se formaron grupos sindicalistas que analizaron sus derechos y que tomaron protagonismo en una de las peores masacres ocurridas en el país.

El 21 de diciembre de 1907, se produjo la denominada Matanza de la Escuela Santa María de Iquique. Hecho macabro que terminó con la vida de miles de trabajadores salitreros. El número de fallecidos tras la huelga nunca fue exacto. Sin embargo, se estima una cifra aproximada de dos mil 200 personas, siendo la mayoría hombres. Pues “no existen antecedentes de que hubo niños y mujeres hubo muy pocas. Esto fue como a las tres de la tarde. De acuerdo a todo lo estudiado, a esa hora las mujeres y los niños almorzaban y se iban a la playa, aprovechando que estaban en la ciudad. Sólo existen dos nombres de mujeres que fallecieron en el lugar”, explica Sara Benavides. Asimismo, el acontecimiento marcó una etapa de la historia a la que se le atribuye también el surgimiento del movimiento obrero.

De acuerdo a lo anterior, existen opiniones dispersas. Pues, el doctor en historia, Sergio Grez, explica que “hace 40 o 50 años, la historiografía marxista clásica chilena, planteó que el origen del movimiento obrero chileno estaba básicamente en el espacio salitrero. Pero las investigaciones de los últimos 25 años, han echado un poco por tierra esa interpretación. Se ha demostrado que el origen del movimiento popular, más que obrero, sin lugar a dudas nace en las ciudades de la zona centro del país. Hay que ver la cronología de la fundación de las sociedades mutualistas, porque antes del sindicalismo, existió el mutualismo”, argumenta.

Según el sociólogo y director del Centro de Investigación de la Realidad del Norte, Bernardo Guerrero, el punto clave de la manifestación se centró en una extrema diferencia entre clases sociales. Además agrega que “el movimiento obrero, mostraba gran capacidad de organización y la respuesta

fue bárbara por parte de las clases gobernantes. Hay un sentido de sacrificio con el movimiento chileno que concluye en el año 1973 con el golpe de Estado. La conmemoración de los cien años de la matanza del 1907, demuestra que no hay memoria obrera que recuerde con sentido político lo ocurrido el 21 de diciembre”, explica.

Por el año 1920, Lutgarda tenía 26 años de edad. En ese tiempo, la compra y venta de productos, generó un incremento en el mercado de la zona. Entre lo que más se vendía, estaba el trigo, las carnes, las papas y las legumbres. La mayoría, provenientes de la zona central del país.

Asimismo, el ferrocarril servía para el traslado de insumos provenientes del sector centro-sur de Chile. De este modo, junto con las miles de personas que arribaban a la pampa, también llegaban gallinas, verduras, quesos, entre otros productos que soportaban los tres días de viaje en tren desde la capital.

“Lo que más recuerdo, no eran los viajes de ida, sino los de vuelta porque siempre nos traía cosas. Ella nos contaba que el trayecto era muy largo. Lo duro que era ir al norte por el tema de tiempo, porque significaba viajar tres o cuatro días en tren. Debió ser sacrificado, muy sacrificado”, dice Gerardo Watt, nieto de Lutgarda. Mientras tanto, revuelve un té recién servido y mira fijo hacia la pared, como si recordara cada detalle de los relatos que contaba su abuela. “Era entretenido escuchar lo que decía de sus viajes hasta la comuna de Pozo Almonte. Recorría Huara, Humberstone, Santa Laura, también Buenaventura. Incluso, a veces llevaba a mi papá. Y así otros lugares cercanos a la localidad en los que pasaba vendiendo productos que llevaba del sur”, agrega.

El medio de transporte más utilizado en la época, era el ferrocarril. Asimismo, existía un puerto de pasajeros y otro de carga en la costa de Iquique. Por esta vía, llegaban insumos agropecuarios que serían trasladados a las salitreras y que permitirían otro tipo de relación mercantil entre la región y algunos sectores del país.

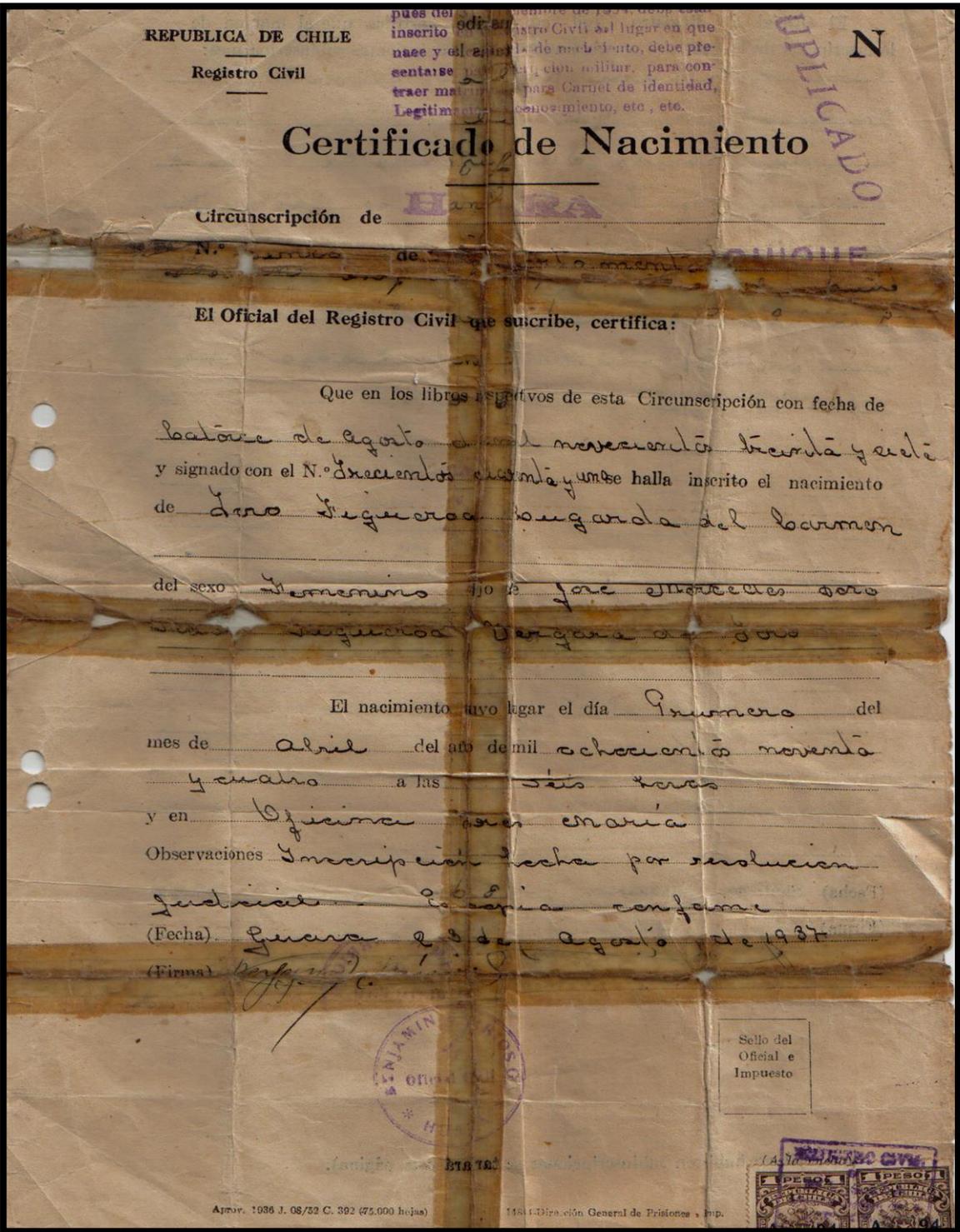
Según los documentos que evidencian parte de la trayectoria de vida de Lutgarda, esta mujer habría desempeñado la labor de vendedora ambulante en las estaciones de ferrocarriles y dentro de las mismas salitreras por aproximadamente 10 años. Este trabajo, es otro de los reconocidos en este periodo de la historia, pues “algunas mujeres trabajaban en las calicheras, las que querían, según sus familias, (...) otras vendiendo huesillos, vendiendo helados, chicha, hacían empanadas, hallullas”.¹⁷

Según lo cuenta su nuera, Gabriela Piña, Lutgarda “andaba vendiendo animales de una salitrera a otra. Llevaba chanchos, gallinas, cuando ella estaba radicada en el norte. Iba de oficina en oficina haciendo sus negocios. Vaya a saber uno cómo lo hacía sola. Siempre le pregunté si no le daba miedo ser tan independiente en esa época”, explica.

Sin embargo, la personalidad de Lutgarda Toro Figueroa dejó entrever que su futuro no se centraría en este tipo de labores. Por más que haya colaborado con las responsabilidades de su madre en la pulpería, más bien terminaría sometiéndose en un ambiente laboral catalogado para hombres. De este modo, comenzó a transgredir las normas de la oficina, incursionando en la minería. Asimismo, recorría los alrededores de Pozo Almonte y se internaba por dos o tres días en el desierto para buscar minerales.

“Mi abuela creció entre el trabajo esforzado de las salitreras”, dice Ilse Watt, una de sus nietas. Mientras tanto, hojea la serie de documentos notariales que llevan el nombre de Lutgarda Toro Figueroa. Sus ojos reflejan el interés de desenterrar la historia de su antecesora. “Estos papeles, también los encontré entre algunos cachureos de esta casa. Dicen algo de unos terrenos con minerales. Parece que mi abuela encontró oro. Al parecer se aburrió de los trabajos de las oficinas, porque ganaba poco dinero con ellos y se aferró tanto a ese afán, que ni por amor quiso dejar la minería”, agrega.

¹⁷ Ibid., 197 p.



Certificado de nacimiento de Lutgarda Toro Figueroa.
Foto: Archivo familiar.



**Niños en la calle del pueblo de La Noria.
Foto: "Iquique y el nitrato, tiempo de recordar", Rocadi, 1999.**



**Oficina salitrera Tres Marías, lugar de nacimiento de Lutgarda Toro.
Foto: "Iquique y el nitrato, tiempo de recordar", Rocadi, 1999.**



Cantinas.

Foto: "Hombres y Mujeres de la Pampa", LOM Ediciones, Santiago, 2002.

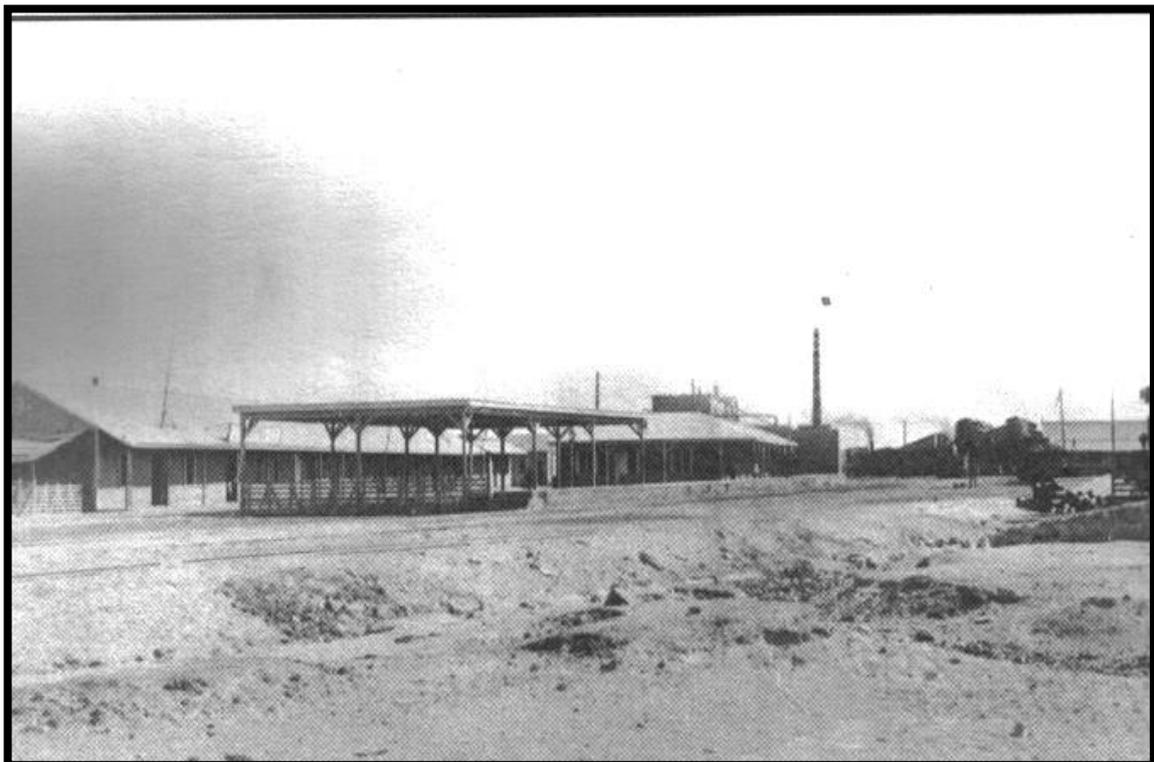


Escuela Santa María de Iquique.

Foto: "Iquique y el nitrato, tiempo de recordar", Rocadi, 1999.



Mujeres y niños de la pampa.
Foto: "Iquique y el nitrato, tiempo de recordar", Rocadi, 1999.



Estación de ferrocarriles de Pozo Almonte.
Foto: "Iquique y el nitrato, tiempo de recordar", Rocadi, 1999.

Capítulo III

Mr. William Watt Buist

Los atardeceres en la parcela de Gerardo Watt, uno de los siete nietos de Lutgarda, suelen cubrir una hilera de cerros de un color rojizo. En ese lugar cercano a la localidad de Calera de Tango, es posible respirar un aire mucho más puro, casi sin *esmog*. Ni el movimiento de los árboles que tambalean con la brisa del viento, genera ruido. Nada es molesto. Pues la belleza de los montes y la vegetación del campo, crean un aura de tranquilidad constante.

Gran parte de la casa la ha construido solo. Sus manos, dejan entrever el trabajo esforzado que lo ha motivado para ver su proyecto listo. Tal como alguna vez lo hizo su padre con el hogar donde hoy vive su esposa en Quilpué. “Tengo ese afán de hacer cosas solo. Eso lo saqué de mi viejo. Él se empeñaba por arreglar desperfectos, hacer mesas o sillas, entre otras cosas. Recuerdo que mi abuela contaba que la mayoría de la gente en la pampa debía arreglar sus casas con lata, que casi todo estaba construido de ese material”, comenta Gerardo.

Por el tipo de labor que se realizaba en el norte, la población masculina superaba en creces a la femenina. La gran mayoría de los hombres provenientes de distintos lugares se desempeñaba en la mano de obra, ya sea en la extracción de caliche, en su procesamiento para convertirlo en salitre o en el traslado de éste.

La cantidad de gente proveniente del campo chileno y otros lugares, fue sometida a una especie de “engaño” por medio de las denominadas “Casas Enganchadoras”. Éstas, eran verdaderas instituciones encargadas de influenciar a una serie de personas, para llevarlas a trabajar en las distintas oficinas de la época. De esta forma, muchos fueron atraídos por una calidad de vida planteada de manera muy distinta a la que se vivía dentro de los campamentos.

El encargado de realizar este trámite era el enganchador. Personaje odiado por muchos que se sintieron engañados al aceptar la proposición de trabajar en las salitreras. Quien encontraba la oportunidad de vengarse de él, lo hacía de forma violenta. Pues algunos debieron acomodar a sus familias en espacios pequeños para vivir. Sin embargo, la situación en el campo chileno no era mejor. “Se vivía una vida miserable, (...) llegaba un pampino bien vestido y los hombres comenzaban a entusiasmarse y entusiasmaban a sus familias para irse al norte”.¹⁸

Según la historiadora, Diana Veneros, “la vida en las sociedades de frontera, siempre ha sido despelotada, caótica, etc. Eran y siguen siendo un espacio multinacional. Con esto, la fuerza es un elemento importante donde la ley está y a veces no. Si quieres hacer desaparecer a alguien, lo matas y lo tiras a un pozo y nunca más se supo nada. Son lugares donde los vínculos sociales son muy ligados, porque la vida es peligrosa y corta. Entre más hombres llegaban a la zona, más disputas y peleas se generaban”, comenta.

Con lo anterior, hubo un acelerado crecimiento poblacional entre los años 1885 y 1907. Producto de la inmigración, la cantidad de personas residentes en la región aumentó al doble. La gran mayoría, atraída por la calidad de vida que podría entregar la industria salitrera. Pues, “Tarapacá y Antofagasta desde esa fecha han sido el ‘sueldo de Chile’ (...) por lo que miles de hombres y mujeres dejaron sus hogares y sus paisajes para tentar suerte en el desierto, transformándolo en ‘la pampa’”¹⁹. Esto, provocó un rápido incremento de gente en Iquique, como también en las comunas ubicadas al interior de esta ciudad.

Una de las razones para atraer a una gran cantidad de trabajadores para desempeñarse en las distintas oficinas de la época, eran los compromisos que los empresarios tenían con las casas exportadoras de salitre y también por competencia. Por lo anterior, aumentar la mano de obra, significaba más producción y desarrollo. Con lo que además, la búsqueda incesante de

¹⁸ González, Sergio: *Hombres y Mujeres de la Pampa*, LOM Ediciones, Santiago, 2002. 143 p.

¹⁹ *Ibid.*, 79 p.

hombres para este tipo de labor, era constante. Lo que produjo una mínima, pero no menos valorada presencia femenina.

Desde la época del 1900 en adelante, el salitre se convirtió en uno de los recursos más importante del país. Los profesionales europeos, sabían que en Chile la explotación del mineral producía riqueza. De esta forma, comenzaron a llegar ingenieros y empresarios ingleses, quienes fueron contratados por la administración de las diferentes empresas instaladas en el norte.

“La presencia inglesa empezó a ser cada vez más fuerte. Según comentaba mi abuela, todos ellos tenían conocimientos acerca de la minería, por lo que llegaban asegurados con un trabajo estable a las oficinas de la región. Esto hizo que existieran más hombres que mujeres en ese tiempo”, explica Gerardo Watt.

La población no sólo se conformaba de inmigrantes provenientes del sur, el altiplano o los valles bolivianos. Los administradores y empresarios ingleses, eran los encargados del manejo del sistema salitrero como industria. Asimismo, la llegada de profesionales desde Europa era una constante frente a la creciente demanda del mineral. Un verdadero monopolio comercial que a pesar de su calidad y precio, no era equivalente al sueldo del obrero.

Entre los extranjeros aparece un inglés proveniente de Escocia. De postura elegante, piel clara, ojos azules y buena situación económica, William Watt Buist, llegó al país para probar suerte en la minería. Sus estudios de ingeniero en minas, lo llevaron a descubrir que en tierras chilenas, la explotación de caliche generaba buenos recursos. Sin pensarlo dos veces, preparó sus maletas y se trasladó al norte del país. De este modo, llegó a la oficina salitrera “Buenaventura” para unirse a la cadena de peritos que trabajaban para la administración.

En la pirámide socio-laboral de la época, los europeos, chilenos y peruanos vinculados con la administración de la empresa, o dueños de alguna oficina,

se encuentran en la parte superior. En segundo lugar, los hombres solteros o casados y los jóvenes que realizaban trabajos especializados como la maestranza, el transporte, pulpería, entre otros. Y en una tercera división, la población indígena, las mujeres, los ancianos e inválidos que realizaban oficios desempeñados por niños o servicios domésticos no reconocidos por el campamento.

Los obreros y trabajadores del salitre, no aparecen incorporados en esta clasificación. Sin embargo, se comprende que debieran incluirse en la tercera división. Pues según el sociólogo y director del Centro de Investigación de la Realidad del Norte, Bernardo Guerrero, “la diferencia entre clases era muy extrema. La mano de obra de los campamentos, siempre estaba en la posición más baja. Vivían en las casas más pequeñas y obtenían las fichas con menos valor para adquirir cosas”, explica.

Debido a la diferencia entre la cantidad de mujeres y hombres existentes en la pampa, el número de profesionales y obreros solteros era considerable. “Llegaron en su mayoría hombres solos, que no es lo mismo que solteros, pero en la pampa se les llamó solteraje. Vinieron aventureros, bandidos, hombres de bien, trabajadores, soñadores, (...) campesinos y seres citanos. Pobres y otros venidos a menos, pero todos con deseos de éxito”²⁰.

Según el sociólogo Bernardo Guerrero, esto se daba por un control interno de la administración, “pero sobre todo, por el tipo de trabajo. Y además por la inestabilidad del oficio, pues los pampinos no se asentaban por mucho tiempo en las oficinas. Asimismo, seguían llegando personas en busca de trabajo dentro de las salitreras”, explica.

Con lo anterior y debido a la escasez de un trabajo digno para el género femenino, comenzaron a crearse prostíbulos clandestinos dentro de los campamentos. Sin duda, este es otro de los roles desempeñados por la mujer de la época. Labor que atraía a un gran número de hombres para la

²⁰ Ibid., 145 p.

entretención y el esparcimiento. Además, estos lugares eran considerados unas verdaderas “plataformas de servicios para las salitreras que estaban a su alrededor. Las casas de juegos, (...) los hoteles, casas comerciales, etc. contrataban mujeres”²¹ que se desempeñaban en estas áreas.

Asimismo, “los prostíbulos creados durante las tres primeras décadas del siglo XX constituyeron un foco de atracción para muchos hombres de las más diversas condiciones. La atracción que en ellos ejercían estos lugares estaba dada por la afirmación psicosexual de la virilidad y por conformar un espacio de evasión a través de la sociabilidad característica del prostíbulo”, según relata la historiadora Diana Veneros en su libro “Perfiles Revelados; Historias de Mujeres en Chile, siglos XVIII-XX”.

Sin embargo, otros eran los espacios donde se generaban las relaciones sociales entre las personas de las salitreras. De este modo, luego de la jornada laboral, hombres y mujeres se reunían en las diferentes obras de teatro, en los partidos de fútbol, en el biógrafo o hasta en la pulpería del campamento. Asimismo, estos lugares se convertían en la instancia adecuada para conocerse y hacer amistades que pronto se convertían en amoríos.

En el año 1919, Lutgarda tenía 25 años. En esa época, compartía con sus hermanos Ramón e Hilda, que no tenían gran diferencia de edad con ella. “Mi abuela se juntaba con mi tía Hilda para buscar la mejor ropa y salir a pasear por la salitrera”, dice Gerardo Watt, su nieto. “Imagínate, en esa época eran súper jóvenes y la única entretención que tenían era ir al teatro o a caminar por la plazoleta”, agrega.

Nadie sabe cuándo ni cómo Lutgarda conoció al ingeniero escocés William Watt. Seguramente, en las típicas juntas sociales de la época. La verdad, es que el tema nunca fue hablado en la familia de esta mujer. “Lo único que contaba es que él quiso casarse con ella para llevársela a Inglaterra. Y ella no quiso dejar a su familia, además de estar siempre aferrada al tema de la

²¹ Ibid., 211 p.

minería. Nunca contó nada más. Sólo que era ingeniero en minas”, explica Gabriela Piña, nuera de Lutgarda.

De un encuentro fortuito, a una relación amorosa. William y Lutgarda fueron pareja, pero nunca se casaron. A pesar de que el inglés insistió en comprometerse para irse juntos a Inglaterra, la porfía de Lutgarda hizo que desistiera y terminara con la idea del casamiento. No existen registros de la vida del ingeniero inglés, ni de su personalidad. Sólo la existencia de un hijo entre ambos; Gerardo Watt Toro.

“Había una sola fotografía en la que aparecía William, mi abuelo. En ella, aparecía vestido con un traje y un gorro elegante. Mi abuela en ese tiempo era guapa, de nariz respingada y rasgos faciales bien sutiles. Quizás, se enamoró de su apariencia en una de las tantas fiestas que se hacían en la época. Ella siempre contaba que dentro de las salitreras, hacían constantes celebraciones. Es una lástima no saber mucho más de él”, explica Gabriela Watt, nieta de Lutgarda.

Según el sociólogo Bernardo Guerrero, las celebraciones donde se generaban las relaciones sociales eran constantes. “Se hacían fiestas, dependiendo de las fechas. El 18 de septiembre era una de las reuniones que congregaba a mucha gente. Al igual que los días patrios de Bolivia y de Perú, incluso de Argentina. Así también, los eventos deportivos, etc.”, comenta.

A pesar de las diferencias sociales, las relaciones entre ingleses y mujeres chilenas, como también bolivianas y peruanas que trabajaban en las labores domésticas, se daban de manera fortuita o intencionada por los hombres de la época. Sobre todo, en “los lugares relacionados con la cultura y el deporte. Pues, siempre la figura del gringo fue llamativa para las mujeres. Debe ser el síndrome de la *malinche*”, agrega Guerrero.

Sara Benavides, quien nació en la ex oficina salitrera Bellavista, comenta que “la presencia de ingleses fue fuerte. Es más, mucha fortuna inglesa se generó

con la sangre, el sudor y las lágrimas de quienes trabajaban en las oficinas. Yo creo que las relaciones entre una mujer y un profesional inglés, se daban de manera más clandestina. No eran públicas. Se sabía de amoríos escondidos, como en todos los tiempos. Esto siempre fue igual. Se juntaban en un contexto más nocturno”, comenta.

De este modo, algunas de estas relaciones nunca fueron oficializadas y otras perduraron hasta el día en que los ingleses debieron devolverse a Europa. No así para Lutgarda, quien tuvo la oportunidad de mantener su amorío. A pesar de todo, insistió en quedarse en Chile y dejó partir al padre de su hijo hacia Escocia.

Según sus familiares, el tema nunca fue debatido. Su nuera, por una parte, no se atrevía a preguntar al respecto, debido a que el tema no le incumbía. “En ese tiempo, no se tenía tanta confianza como para buscar más datos sobre el famoso William. Ni siquiera mi marido preguntaba por él, menos podía ir yo a preguntarle a mi suegra”, argumenta Gabriela Piña.

Reconocido por su padre, Gerardo Watt Toro nació cuando Lutgarda tenía 27 años de edad. En esa época, esta mujer ya había recorrido gran parte de los alrededores de las oficinas salitreras. A pesar de todo, la noticia de que sería madre y el amor que pudo haber sentido por William, no impidieron que persistiera en la idea de buscar yacimientos mineros. Aunque en ese tiempo, ser madre soltera era un tema enjuiciado por la elite de la época.

Más aún, por la especie de figura doméstica a la cual estaban sometidas las mujeres de esa etapa de la historia de Chile. Esto, a la vez provocaba “escasas luces intelectuales, dadas las falencias de una educación magra y volcada exclusivamente a los conocimientos y destrezas asociados a su rol de esposa y madre”²².

²² Veneros, Diana: *Perfiles Revelados; Historias de Mujeres en Chile, siglos XVIII-XX*, Universidad de Santiago de Chile, 1997. 13 p.

Según el sociólogo e investigador, Sergio González, las mujeres que no se desempeñaban en oficios reconocidos por la administración, podían ser enjuiciadas por el tipo de labor que realizaban para auto sustentarse. Esto, porque la mayoría de ellas estaban comprometidas, casadas o tenían familia, donde el hombre era el encargado de abastecer económicamente el hogar.

Por lo mismo, “en los trabajos como libretera, por ejemplo, era bien vista la presencia femenina por los obreros y no tanto por los administradores o empleados. Pero, posiblemente, el área más común de ellas, eran las cocinerías, conocidas como fondas o cantinas”, explica González. “Por ejemplo, no conozco el caso de mujeres que se hayan dedicado a recorrer el desierto con pirquineros. Eso no se veía”, concluye.

Fue en el año 1921, en pleno apogeo del salitre, cuando Lutgarda tuvo a su único hijo. Gerardo vivió gran parte de su niñez junto a su madre y abuelos en las salitreras. Fue en ese mismo lugar, donde compartió con niños peruanos, bolivianos y chilenos, absorbiendo parte de la cultura de estos países. Pues, a pesar de ser un sistema independiente, la pampa fue un lugar multinacional en el que convergían estas tres nacionalidades.

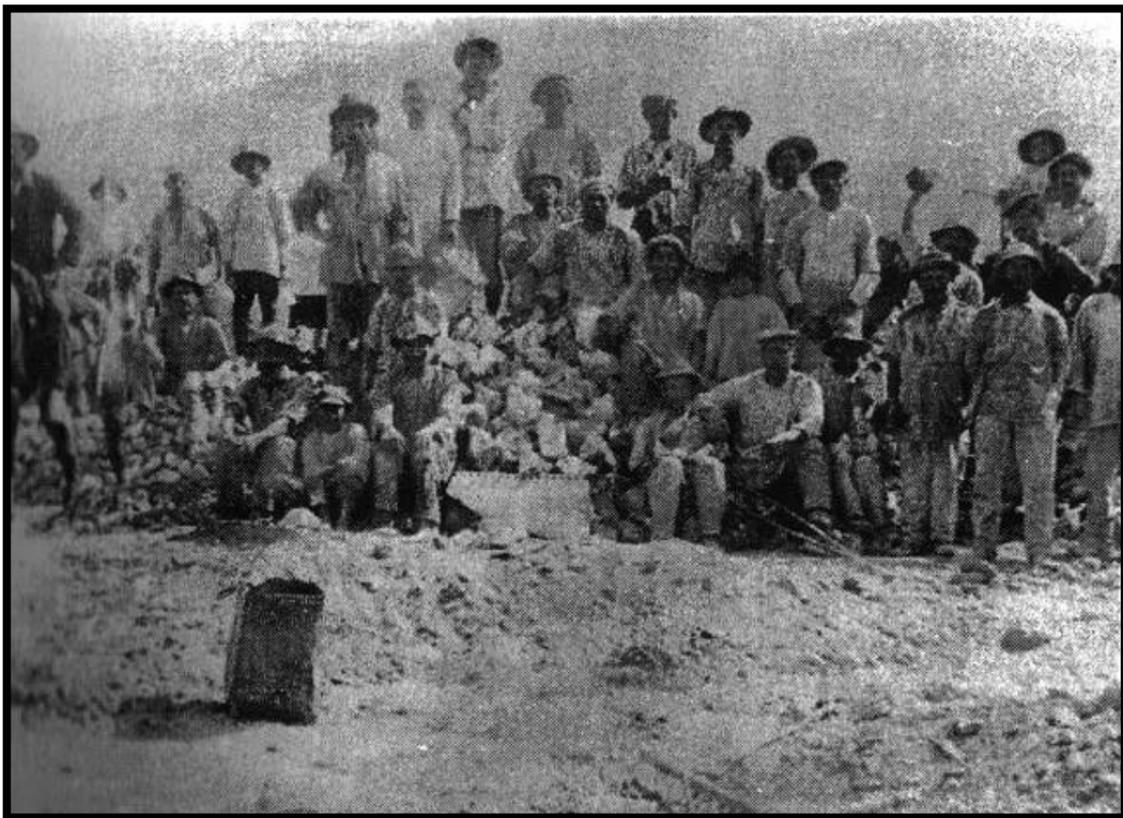
Según Gabriela Piña, nuera de Lutgarda, “Gerardo y su madre nunca comentaron acerca del nacimiento de mi ‘viejo’. Supe que nació en Valparaíso, pero nadie sabe por qué en ese lugar y no en las salitreras. En ese tiempo mi suegra aún vivía en Buenaventura. Es más, vivió en el norte hasta que mi esposo tenía más o menos 14 años de edad”, comenta.

Lutgarda ya no se encontraba sola. Ahora, también debía pensar en el porvenir de su único hijo. “Ella quiso sentar un precedente. Lo digo por su personalidad. Ella no iba a vender más, porque era muy aguerrida. Siempre salió adelante sola. Salió de esa situación económica que no era buena para los chilenos que vivían en el norte”, explica Gabriela Watt, una de las nietas de Lutgarda. Mientras conversa, observa una fotografía que tiene entre sus

manos. En ella, aparece su abuela con sus otros hermanos. Todos juegan y ríen. “Ella se merecía una vida mejor y se empeñó en encontrarla”, agrega.



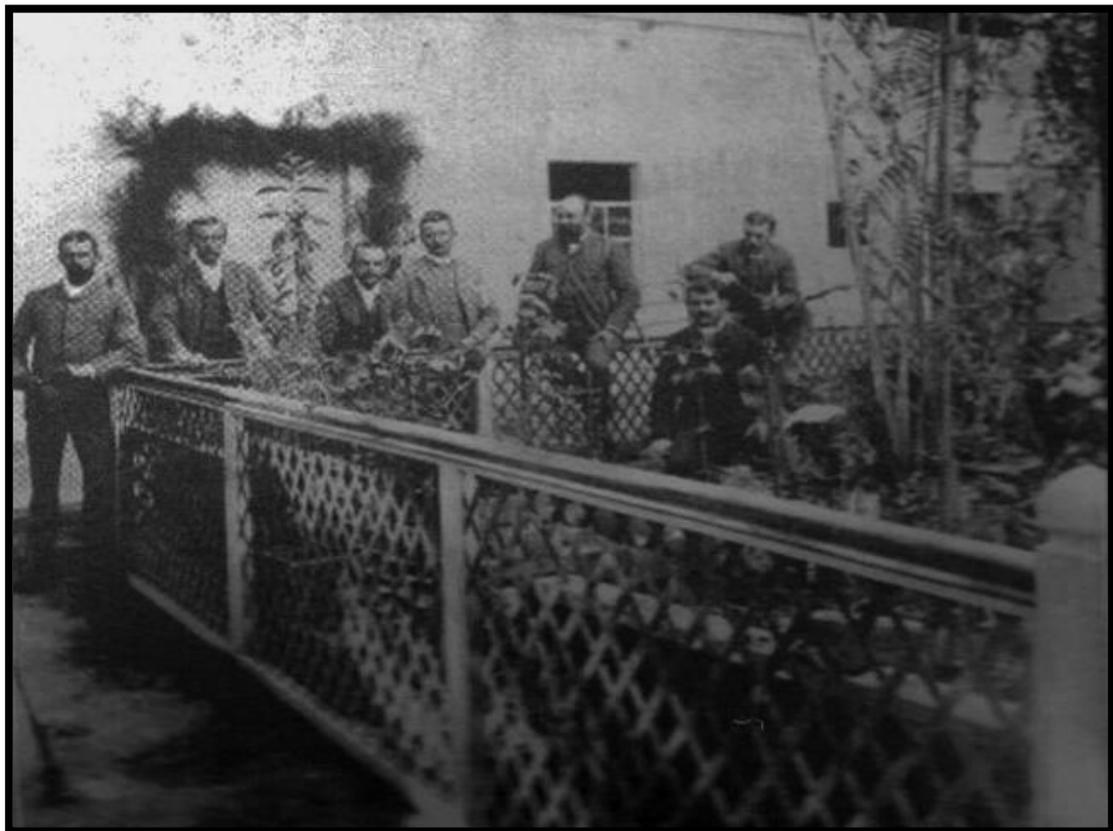
Brigada General Bulnes, Humberstone.
Foto: "Iquique y el nitrato, tiempo de recordar", Rocadi, 1999.



Cueveros.
Foto: "Iquique y el nitrato, tiempo de recordar", Rocadi, 1999.



Hombres de la pampa.
Foto: "Iquique y el nitrato, tiempo de recordar", Rocadi, 1999.



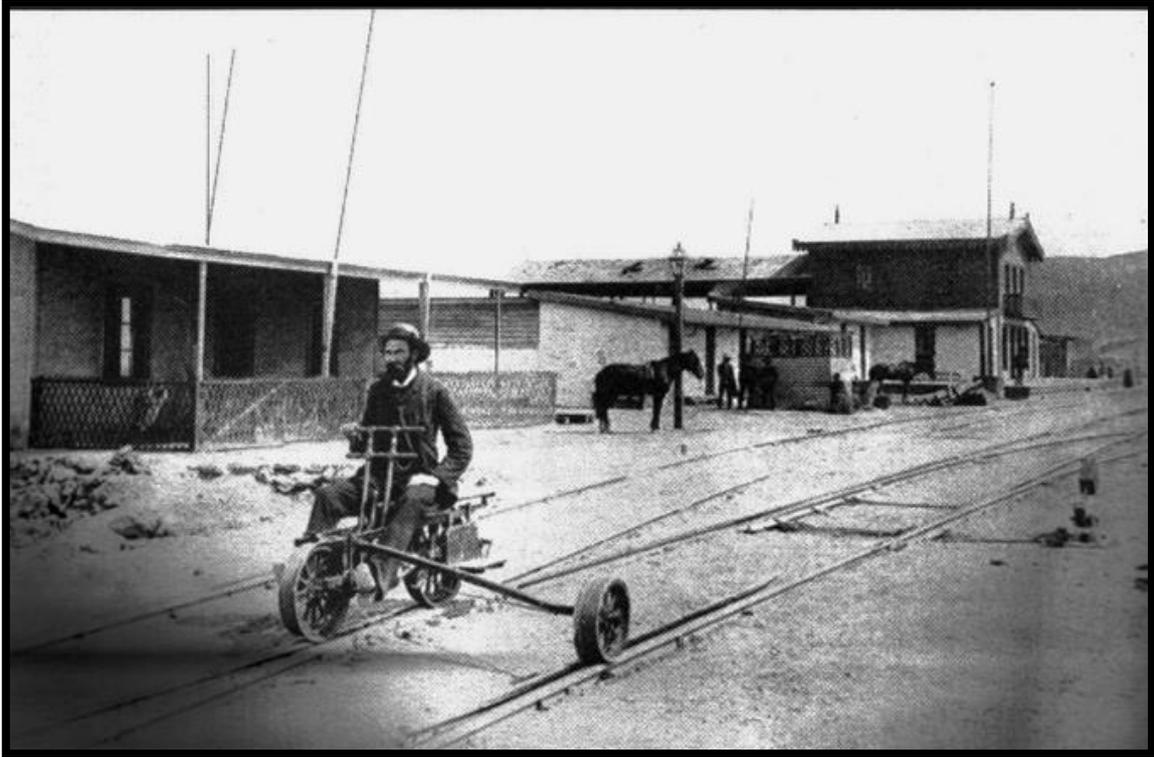
Hombres, oficina salitrera Primitiva.
Foto: "Iquique y el nitrato, tiempo de recordar", Rocadi, 1999.



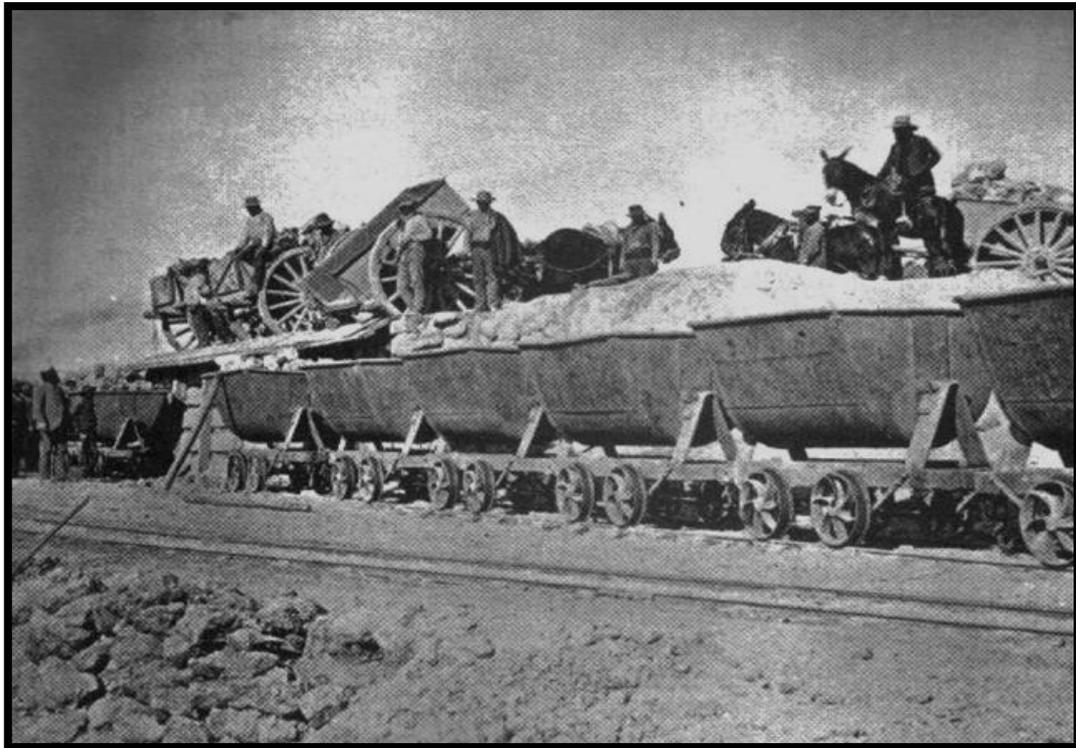
Hombres acarreado el salitre, oficina La Palma.
Foto: "Iquique y el nitrato, tiempo de recordar", Rocadi, 1999.



Sociedad Herrera de trabajadores.
Foto: "Iquique y el nitrato, tiempo de recordar", Rocadi, 1999.



Línea del ferrocarril.
Foto: "Iquique y el nitrato, tiempo de recordar", Rocadi, 1999.



Hombres trabajando en la oficina salitrera Primitiva.
Foto: "Iquique y el nitrato, tiempo de recordar", Rocadi, 1999.

Capítulo IV

Bilbao 46

La vida en las salitreras no mejoró mucho. Al contrario, la explotación del mineral fue decayendo. Su mayor auge se vivió entre los años 1900 y 1929, época en la que también se incrementaron las inversiones chilenas y alemanas²³. Lo último, condujo a la paulatina desaparición de empresarios ingleses en las oficinas del norte.

Durante esos años, el Gobierno aprovechó la riqueza que entregaba el denominado “oro blanco” para invertir en la creación de obras públicas. De este modo, era común encontrarse con nuevos colegios, calles pavimentadas, líneas férreas, alcantarillados, entre otra serie de construcciones que cooperaban con el desarrollo del país. Sin embargo, un tiempo más tarde, el norte entra en una crisis que conllevó a las peores consecuencias en materia laboral y económica.

La dependencia de la nación hacia este recurso, fue una de las razones para el quiebre. Al fin y al cabo, Chile por esos años se sustentaba mayoritariamente por la exportación del mineral hacia otros países. Sin embargo, nunca existió una industria nacional sólida. Es más, bastó con la invención del salitre sintético en Alemania, para que el país se viera envuelto en una de las peores crisis de la época.

En el año 1930, las exportaciones de salitre caen en un 90 por ciento²⁴. Asimismo, comienza el cierre de algunos campamentos en el norte. La gran cantidad de personas que residía en la región, busca nuevos modos de sustentarse económicamente. Además, muchos retornan a sus ciudades de origen con el fin de encontrar nuevas oportunidades laborales.

²³ [En línea] [<http://www.albumdesierto.cl/historia.htm>]

²⁴ Ibidem.

Con esto, las oficinas del norte comienzan a cerrar sus puertas paulatinamente por diferentes motivos. Entre ellos, el agotamiento de los terrenos, la venta de los campamentos, etc. De a poco, son deshabitados y desmantelados, hasta sólo quedar la infraestructura del lugar. “No se desintegraron todas las salitreras a la vez. Hubo un éxodo hacia sus lugares de origen o hacia los puertos del país”, explica el sociólogo, Sergio González.

Lutgarda Toro, decide emigrar hacia Talcahuano en el año 1937. En ese lugar y gracias al dinero recabado por el comercio y la ayuda de algunos familiares, instala una fuente de soda en la calle Bilbao número 46, cercana al centro de la ciudad. Con el tiempo, logró tener “como tres o cuatro propiedades. Era todo de ella y de la hermana adoptiva que tenía; la famosa María Toro. Eran tiendas de géneros, hasta de comida. Varios tipos de negocios que daban hartos ingresos”, explica Gabriela Piña, su nuera.

La fuente de soda de Lutgarda, quedaba a sólo cuadras del puerto de la ciudad. Por lo mismo, su local siempre estaba lleno de marinos que pasaban a almorzar, a tomar once o a desayunar. Pues “ella vendía desde pollos asados, sándwich, bebidas, hasta productos de aseo y telas. Tenía unas mesas al interior que siempre estaban llenas de gente que iba a servirse algo. Era bien conocida su tienda”, agrega Gabriela.

Sin embargo, la suerte no fue equitativa para todos los que emigraron de las oficinas. La mano de obra quedó sin trabajo. Por lo tanto, quienes se desempeñaban en labores de maestranza, extracción del salitre, acarreo²⁵, elaboración²⁶, en la pulpería, panadería, la manutención de animales, entre otras, debieron dejar las oficinas para trasladarse nuevamente a la zona centro-sur del país, donde la situación económica no fue mejor. “Se llevaba un registro de quienes salían y entraban de las oficinas. En ese tiempo, la cantidad de personas que emigraron nuevamente hacia el centro del país, fue

²⁵ Quienes cumplían el rol de boleterero, capataz de carreteros, camineros, carrilanos, maquinistas y fagoneros, entre otros oficios relacionados con el transporte del mineral.

²⁶ Dentro de esta categoría se encontraban los mayordomos, llaveros, bomberos, carboneros, electricista, jornaleros, etc.

considerable. Así por lo menos lo explicaba mi abuela”, dice Gerardo Watt, nieto de Lutgarda.

A muchos, las compañías les pagaban los pasajes para retornar a sus respectivas ciudades. Esto, de cierta manera fue una medida controlada por las “Casas Enganchadoras”. De este modo, quienes habían sido atraídos por los enganchadores, retornaban a sus lugares del mismo modo en que llegaron a la pampa.

Sin embargo, la concentración de personas en la zona centro del país, llevó a la construcción de conventillos; verdaderas viviendas populares que por esos años fueron elaboradas para la clase baja. En ese lugar, el hacinamiento y las pocas condiciones sanitarias, generaron una serie de enfermedades infecciosas de fácil propagación. Pues “el arriendo mensual de una vivienda en cualquier barrio populoso penquista ascendía a veinte pesos. Esta cifra era inalcanzable para aquellos que ganaban alrededor de treinta pesos en un mes de trabajo, como era el caso de los trabajadores industriales. En cambio, el arriendo en un conventillo variaba entre cuatro y ocho pesos al mes, cifras que sufrían continuas alzas”²⁷.

Según el doctor en historia, Sergio Grez, “las mujeres trabajaban como empleadas en algunas casas o de lavanderas en el propio conventillo, para la gente del vecindario. Las condiciones de vida eran durísimas, terribles. Un hacinamiento, una promiscuidad, una falta de higiene nunca antes vista. El conventillo era un negocio muy lucrativo para sus poseedores. Se trataba de casas viejas o construidas especialmente para servir como vivienda para los pobres. El problema es que una vez realizada la inversión inicial, los propietarios no daban ningún tipo de trabajo a la gente que vivía ahí. Los servicios urbanos, estaban muy poco desarrollados. Eran terribles las condiciones sanitarias en las que vivían hombres, mujeres y niños”, explica.

²⁷ Ibid., 147 p.

La escasez de trabajos estables, llevó a las mujeres a movilizarse laboralmente para salir de la esfera doméstica y poder abastecer a sus familias. De este modo, “sus actividades se dieron en el marco del mundo popular, rodeadas de hombres, mujeres y niños, que compartían condiciones de vida similares a las suyas. Alrededor del puesto de frutas, la cocinería, el lavado de ropas, el baratillo o el prostíbulo, se configuró un rico tejido social”²⁸.

Las labores se concentraban en el área de servicio. Sin embargo otras, como Lutgarda, decidieron adentrarse en el comercio a pequeña escala. Tal como se explica en el libro “Perfiles Relevados: Historias de Mujeres en Chile, siglos XVIII-XX” de la historiadora Diana Veneros, donde relata que “a partir de datos censales del período, se concluye que un 84 por ciento de la población femenina activa ejercía oficios de lavanderas, costureras, dueñas de chincheles, baratillos y cafetines, entre otros”.

Lutgarda se instala con su negocio en el centro de Talcahuano. Sin embargo, su afán por la minería seguía latente. Asimismo, viajaba en ferrocarril hasta Iquique para persistir con la búsqueda de mineral en los terrenos cercanos a las salitreras. A pesar de lo anterior, nunca le sacó provecho económico a la minería, por lo que nadie de su familia sabe cómo pudo mantener su negocio en pie.

“No sé de dónde obtenía el dinero para esa propiedad, me imagino que del comercio, pero nunca de la explotación del mineral. Esas propiedades luego se quemaron y se construyó un teatro. La entrada estaba por la calle Colón. Las telas que vendía al parecer las traían exportadas, pero no sé si las traía de Iquique, porque Talcahuano también es puerto”, explica Gabriela Piña, nuera de Lutgarda.

Por esos años Gerardo, su único hijo, ya entraba en la adolescencia. Lutgarda trabajaba en su local y de vez en cuando viajaba al norte para pagar las

²⁸ Ibid., 17 p.

patentes mineras de los yacimientos encontrados. Asimismo, traía chancaca y aceite de bacalao para venderlos en su tienda. De sus padres, no se sabe mucho más. Según cuentan sus familiares, habrían vivido durante toda su vida en la salitrera Buenaventura. Sin embargo, ningún integrante tiene conocimientos sobre el lugar donde estarían sepultados. “Recuerdo que mi padre fue a buscar las tumbas de sus abuelos en la oficina, pero no encontró nada”, explica Gabriela Watt, nieta de Lutgarda.

En el año 1937, Gerardo con 16 años de edad, decide ingresar a la “Escuela de Grumetes” de Talcahuano, hoy llamada “Alejandro Navarrete Cisternas”. Siendo aún un adolescente, recorrió puertos, burdeles y *cabarets* en compañía de sus compañeros. A los 18 años se enamora y se casa a espaldas de su madre. Pues quien había escogido como esposa, trabajaba en uno de estos lugares.

“Se casó con una niña de los trigos no muy limpios. Pero él, siendo tan joven, sólo se dejó llevar por el enamoramiento. Cada vez que llegaba de la escuela de grumete, ella no estaba, se arrancaba. No encontraba ni luces de la señora esposa. Por eso duró muy poco, después cada uno se fue por su lado”, explica Gabriela Piña, esposa de Gerardo Watt.

Tras la crisis del salitre, una cantidad considerable de gente retornó a la zona centro-sur. Con ellos, también regresaban una serie de mujeres que trabajaban en los prostíbulos del norte. La mayoría se posicionó en los burdeles de los puertos del país o en los sectores céntricos de las diferentes ciudades. “La cantidad de casos de casas de prostitutas, de escándalos, de peleas entre ellas, de peleas con los clientes, con el público, de reclamos del vecindario, están descritas en las notas policiales de los archivos de prensa de ese tiempo”, explica el doctor en historia, Sergio Grez.

Según la historiadora, Diana Veneros, a comienzos del siglo XX, “existía una cantidad considerable de mujeres que trabajaban en la prostitución. Sin embargo, esto no ha sido verificado desde un punto de vista cuantitativo. Las

más proclives en caer en esta labor, eran las actrices, bailarinas o las sirvientas domésticas, porque muchas de ellas fueron usadas por los patrones. Así también las obreras, porque la relación patrón-empleado, generaba una tremenda desigualdad asociada al poder hegemónico de quien mandaba. Incluso, eran amenazadas, pues si no cedían a los deseos de sus amos, eran despedidas o denunciadas a la justicia como ladronas”, explica.

Sin duda, el cierre de las oficinas de Tarapacá y Antofagasta causó la desintegración de una sociedad multinacional que confluía en el lugar. Peruanos y bolivianos, regresaron a sus tierras, aunque algunos persistieron con la idea de quedarse en las localidades del norte con el fin de desempeñarse en otra área laboral.

Sin embargo, no todas las oficinas cerraron sus puertas. Hubo algunas que perduraron en el tiempo y que, en la actualidad, continúan con la producción de nitrato. Es el caso de la salitrera Pedro de Valdivia y María Elena. Esta última, perteneciente a la Sociedad Química y Minera de Chile desde el año 1968²⁹. Éstas, junto a otras oficinas, conservan su infraestructura, pero no a sus habitantes. Pues quienes viven en el campamento, sólo son trabajadores que se desempeñan en la extracción del mineral.

Por lo anterior, el enganche tuvo dos periodos; uno previo y otro posterior a la crisis que provocó la reinserción del sistema para atraer a la mano de obra. Los más obstinados, regresaron a las oficinas que aún continuaban con sus funciones. Los demás, decidieron no volver a las condiciones de vida de los campamentos del norte. Pues las casas entregadas por la administración, sólo contaban con “una mesa y un par de bancas (...) después un dormitorio y una cocina en pésimas condiciones”³⁰.

El matrimonio de Gerardo con la mujer que conoció en el burdel, se deshizo en poco tiempo. Sin embargo, su inmadurez lo llevaría a cometer otro hecho que traería consecuencias en su vida y en la de su madre. Durante toda su

²⁹ [En línea] [<http://www.imme.cl/w/>]

³⁰ González, Sergio: *Hombres y Mujeres de la Pampa*, LOM Ediciones, Santiago, 2002. 201 p.

juventud, este hombre sufrió de continuas gripes que lo llevaban por varios días a mantenerse en cama. Lutgarda era minuciosa con el cuidado de su hijo, tanto así, que le suministraba algunos tónicos de yerbas medicinales elaborados por ella misma.

Por esos días, Lutgarda tenía una empleada que le ayudaba con los quehaceres del negocio y del hogar. De su nombre, nadie se acuerda en su familia. Menos su nuera, Gabriela Piña, quien posteriormente se casó con Gerardo. “Sólo contó que un día salió a comprar mercadería y la dejó a ella encargada de la tienda. Justo mi ‘viejo’ estaba con licencia en la casa. Tuvo la mala ocurrencia de dejarlos a los dos solos. Y bueno, pasó lo que tenía que pasar. De esa relación nació un hijo”, explica.

Durante el siglo XIX y XX, “la estrecha moralidad de la época, hacía que (...) si una criada quedaba embarazada, la solución más común era la expulsión sin indemnización de la casas de su empleador. Lanzada a la calle en situación de indigencia se abría ante ella la alternativa de la prostitución y de la represión oficial por vagancia”³¹.

Luego del embarazo, la empleada deja su empleo y desaparece. “Tuvo a su guagua y se fue. No supieron más de ella ni del bebé. Luego, a los cinco años, llega a la casa con él y se lo deja a Lutgarda. No sé por qué razón mi suegra lo tuvo que criar hasta como los 15 años”, explica Gabriela mientras ordena un montón de cartas y fotografías dispersas sobre la mesa de su casa. Tras preguntar acerca de lo que pasó después con ese niño, esta mujer comenta que “el famoso ‘Lalo’ tiene mucha historia. Era muy rebelde con mi suegra. Se arrancó de la casa y se escondió en un barco de carga para recorrer el mundo”.

Y así fue. Eduardo Watt, el “Lalo” como le dice su familia, hoy reside en Noruega. Según sus familiares, su vida está llena historias y anécdotas por contar. Luego de subirse al barco de carga, fue encontrado por la tripulación

³¹ Grez Toso, Sergio: *De la regeneración del pueblo a la huelga general. Génesis y evolución histórica del movimiento popular en Chile (1810-1890)*, DIBAM, Santiago, 1998. 141 p.

y obligado a trabajar en la cocina para pagar su estadía en la embarcación. Recorrió varios lugares del mundo y conoció a varios personajes en su camino.

“El ‘Lalo’ tuvo un carácter bien especial y fue muy porfiado cuando chico. Nosotros sabíamos de su existencia. Él iba al colegio, a veces hacía la cimarra, etc. Y un día de esos, se embarcó. No sé si por la influencia de algunos amigos. Debe haber tenido unos 15 a 16 años, no más que eso. Se metió a un barco de polizonte. No sé hasta dónde llegó. Cada vez que llegaba una carta del ‘Lalo’, era de distintos países”, dice Gerardo Watt, medio hermano de Eduardo.

En la actualidad, Eduardo mantiene poco contacto con parte de la familia de su padre. De vez en cuando, telefona a la casa de Gabriela Piña en Quilpué. Sin embargo, esta cercanía fue retomada hace pocos años atrás. Antes, el “Lalo” se mantenía distante. “Yo creo que se sintió solo. Ya tiene varios años de edad. Quizás necesitaba sentirnos cerca. Por eso me llama por teléfono. Más que mal, somos su único parentesco. Es más, ha pensado en devolverse a Chile”, explica Gabriela.

Tras la huída de su nieto, Lutgarda continuó con su labor de comerciante. Esta vez sus viajes al norte fueron más constantes. Ya con un trabajo estable en Talcahuano, podía solventar los gastos del pasaje y la estadía en el entonces hotel “San Lorenzo” de la ciudad de Iquique, lugar que aparece descrito en los diferentes documentos mineros de la época.

Sin embargo, el trayecto era duro. Duraba entre cuatro a cinco días desde la zona central. Aún así, esta mujer mantenía el entusiasmo por recorrer los cerros del norte en busca de algún yacimiento minero. Ya con algo más de dinero, contrataba a un par de pirquineros en Pozo Almonte y partía hacia el interior para acampar a la intemperie. “Se quedaba por dos o tres días en el desierto con dos hombres. Mi mamá siempre le preguntaba si alguna vez le dio miedo internarse sola en la pampa. Pero no, mi abuela era decidida.

Cualquier cosa que pasara, era capaz de reaccionar de forma violenta para defenderse. Le tenían respeto”, dice Gabriela Watt, nieta de Lutgarda.

La fuente de soda en Talcahuano fue el sustento que mantuvo a Lutgarda y a su hijo en una buena situación económica. Gerardo continuó asistiendo a la escuela de grumetes de la ciudad, mientras su madre se dividía entre la búsqueda de minerales y el comercio. Pues, tras la crisis del salitre y la emigración de la población nortina hacia la zona sur, muchos se dispersaron hacia diferentes áreas labores para poder subsistir. Sin embargo, esta mujer mantuvo su afán por encontrar yacimientos mineros. Algo que, luego de un tiempo, comenzó a generar resultados.

Según el doctor en historia, Sergio Grez, “hay un cambio fundamental en las mujeres, que se produce en la segunda mitad del siglo XIX y que va a ser la causa de otros cambios que van a venir después. Chile pasa de una economía de tipo colonial, a una fase de modernización económica, que trae aparejado un proceso de urbanización, por la aceleración de las migraciones campo-ciudad. Eso va a significar la incorporación del género a actividades productivas no tradicionales. Es decir, fuera del ámbito de las faenas agrícolas, de las labores domésticas o de los trabajos de tipo artesanal. Se les incorpora a las industrias y a una serie de servicios urbanos, entre los cuales también está incluido al comercio. Pues, la mujer siempre ha estado vinculada a esta labor, ya sea de modo ambulante, de tipo familiar o de micro empresariado”, explica.

En un sillón de la terraza de su casa, Gabriela Watt, una de las nietas más cercanas a Lutgarda, observa a contra luz la única fotografía encontrada en la que aparece su abuela. La imagen en blanco y negro, muestra a una mujer maciza, pecho en alto, un gorro en la cabeza y un chaquetón que cubre todo su cuerpo. “Se ve súper distinta en esta foto, pero creo que igual refleja su personalidad”, dice Gabriela. “Si ella hubiese tenido un capital o un socio que la hubiera ayudado a explotar esas minas, todo sería distinto. No sé si alguna

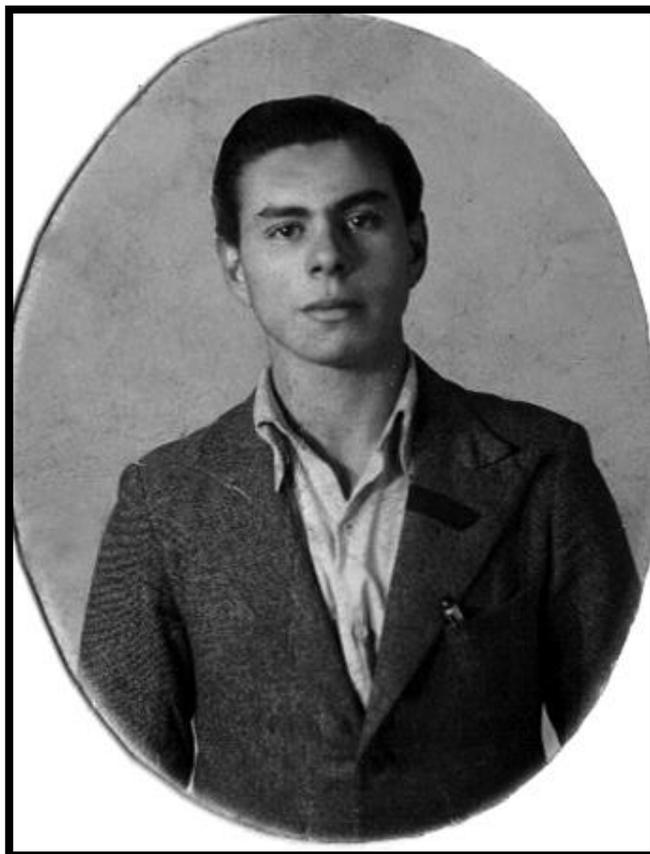
vez quiso hacerlo, pero yo creo que era su sueño. Lo cumplió, pero siento que a medias”, agrega.



Lutgarda Toro Figueroa, aproximadamente a los 40 años de edad.
Foto: Archivo familiar.



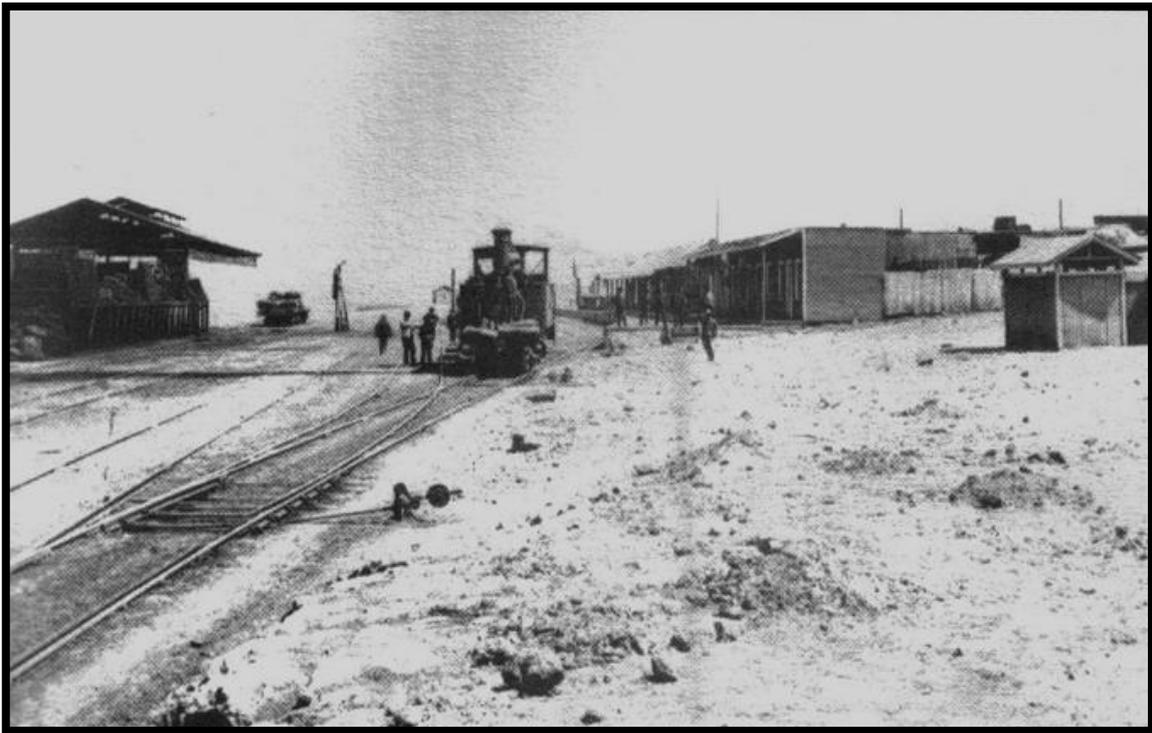
Gabriela Piña y Gerardo Watt, tiempo antes de casarse.
Foto: Archivo familiar.



**Gerardo Watt Toro, a los 15 años de edad.
Foto: Archivo familiar.**



**Gabriela Piña y su primera hija Margarita.
Foto: Archivo familiar.**



Estación de ferrocarril a la que llegaban los pasajeros provenientes de la zona central.
Foto: "Iquique y el nitrato, tiempo de recordar", Rocadi, 1999.



Puerto de Iquique, embarque del salitre y desembarque de productos para el comercio.
Foto: "Iquique y el nitrato, tiempo de recordar", Rocadi, 1999.

Capítulo V

Hermosinia del 1 al 7

“Muy señora mía: Estando encargado por la CIA. Azufrera y Minera de Iquique (...) ruego a Ud. Señora, comunicarme si posee algunas pertenencias para considerar englobarlas en la negociación que estoy tratando con gente muy seria, para organizar una explotación a base de una regalía por tonelada que se extraiga”, dice una carta sin fecha, enviada a Lutgarda por el señor Isaquino Benadof, trabajador de la promotora Comercio y Minería de la época.

En marzo de 1942, Lutgarda Toro Figueroa, con 48 años de edad, paga su primera patente minera relacionada con su segundo hallazgo. Tal como se describe en el ingreso municipal emitido en ese tiempo, se trataría del terreno denominado “Hermosinia 1ª a la 20ª”, que contiene los minerales de fierro, oro y plata, ubicado en la localidad de Pozo Almonte. Desde ese primer descubrimiento y luego de publicar sus pertenencias en los boletines de minería de la época, Lutgarda comenzó a recibir constantes cartas de asociaciones que buscaban influenciarla para vender sus propiedades. Sin embargo, nunca lo hizo.

Previo a esta edad, Lutgarda tuvo varias experiencias que se fueron sumando a su trayecto de vida. Tras ser madre a los 27 años, esta mujer desiste a la idea de dejar el país con el padre de su hijo y decide buscar nuevas formas para sustentarse económicamente. Asimismo, aprende sobre iriología y medicina natural.

Una de las razones por las cuáles se negó a dejar el país, estaba ligada a su incesante afán por la minería. Tanto así, que en cosa de pocos años, logró descubrir cinco terrenos de todo tipo de mineral al interior de Pozo Almonte y sus alrededores. Lo anterior, con total desinterés acerca de las normas culturales y el machismo imperante de ese tiempo. “Esta ideología era muy fuerte. En muchos casos la relación hombre-mujer era de tres o de cuatro en

algunas ocasiones. El macho no dejaba trabajar mucho a su pareja. Además, eran muy celosos”, explica el sociólogo Sergio González.

Sin embargo, algunas mujeres insistían en cooperarles a sus maridos en la extracción del salitre dentro del poco tiempo que tenían para llevarles almuerzo y compartir un rato con ellos. Aún así, la naturaleza del trabajo pesado y duro, impedía verlas constantemente en las faenas, pues nunca fue un rol considerado para el género femenino. Ante todo lo anterior, “eran ellas las que llevaban comida a la calichera y aprovechaban de ayudarle a su compañero, especialmente en el acopio del caliche”³².

Asimismo, la vida del obrero siempre fue sacrificada. Mientras sus mujeres trabajaban en el hogar, ellos se enfrentaban a las condiciones laborales de la época. “Era un día duro. A ello hay que agregar el frío de la mañana y del atardecer. Y entre esos dos períodos, el sol que quema muy fuerte. Se requería un cuerpo viril, fuerte para estar en el desierto”, explica el sociólogo y director del Centro de Investigación de la Realidad del Norte, Bernardo Guerrero.

“Ella iba con dos o tres hombres en burro a internarse por varios días hacia la cordillera, en pleno desierto. Dormían al aire libre, hacían fogatas y buscaban minerales en los cerros”, comenta Gabriela Watt, una de las nietas de Lutgarda. Mientras, trata de recordar las historias que contaba su abuela acerca de la pampa. Mitos, leyendas, relatos verídicos y otros no tanto, se vienen a su memoria mientras continúa con la conversación. “Relataba cosas de terror, de fantasmas, todo tipo de cuentos. Como el del un par de huasos que en un terreno arenoso, encontraron a una guagua con cara de diablo”, agrega.

Según lo relatan sus familiares, Lutgarda comenzó desde joven a internarse hacia la cordillera y a recorrer los sectores cercanos a las oficinas, en búsqueda de minerales. Su único hijo, quedaba en manos de Isabel, su madre,

³² González, Sergio: *Hombres y Mujeres de la Pampa*, LOM Ediciones, Santiago, 2002. 172 p.

quien permanecía trabajando y viviendo en la salitrera Buenaventura. Sin embargo, éste nació en la población El Almendral de Valparaíso el año 1943, tal como lo dice su certificado de nacimiento. Lo que deja al descubierto, que esta mujer habría dejado por un tiempo el norte para tener a Gerardo en la zona central del país. Aún así, sus familiares no tienen datos acerca de ese periodo de su vida.

La cifra de natalidad dentro de las salitreras también fue alta. El trabajo de matrona, era uno de los más relevantes y necesarios en las oficinas. Sin embargo, no todas las mujeres contaban con el respaldo de la profesión. Asimismo, el número de doctores que atendían los partos, era escaso. No en todas partes se contaba con el servicio y muchas personas debieron utilizar técnicas improvisadas para que otras pudieran dar a luz. “Había pocos médicos en la zona, no más de uno por salitrera. No existían consultorios, menos hospitales. Eso se dio después con el tiempo”, comenta la presidenta de la corporación “Hijos del Salire”, Sara Benavides.

Según relatan sus familiares, por el año 1937, época en la que Lutgarda daba sus primeros pasos en la minería, esta mujer ya vivía en la ciudad de Talcahuano. Durante ese periodo “la ciudad sureña iniciaba un tímido proceso de modernización, caracterizado por desarrollos incipientes en los rubros de urbanización e industrialización (...) este fenómeno se dio en el contexto de una sociedad aún tradicional”³³. Este y otros motivos, como la crisis del salitre, fueron los causantes de que residiera en el sur para encontrar otro sustento económico para vivir.

El 14 de agosto del año 1940, se realiza la carta de mensura relacionada con el primer hallazgo de 10 terrenos de azufre. El documento describe textualmente que las pertenencias denominadas “Jerardo Primera al Diez” se encuentran “al norte de frontera de la República de Bolivia y con el volcán Hualcani. Al sur con la azufrera ‘Hilda Primera a Diez’, al oriente con la frontera de Bolivia y al poniente con la quebrada de Ocaña”.

³³ Veneros, Diana: *Perfiles Revelados; Historias de Mujeres en Chile, siglos XVIII-XX*, Universidad de Santiago de Chile, 1997. 17 p.

Tras descubrir estos terrenos, Lutgarda realiza una carta de petición para el Primer Juzgado de Iquique con el fin de obtener los depósitos de azufre e inscribirlos bajo su nombre. “Deseando constituir propiedad minera, ruego a ud. Concederme 10 pertenencias de 50 hectáres”, dice textual el documento emitido en esa fecha.

Según el sociólogo, Bernardo Guerrero, “en esos tiempos, había un protocolo que seguir y que se respetó, en lo posible, en la etapa en que estas regiones fueron anexadas a Chile. Hay varias inscripciones de minerías que datan de fines del siglo XIX y otras de comienzos del siglo XX”, explica.

Asimismo, quien encontraba minerales dentro de los límites fronterizos, debía asistir a un laboratorio químico que los reconociera como tal. Este servicio estaba a cargo de la Superintendencia del Salitre, del Ministerio de Hacienda de la época. En ese lugar, un ingeniero y un químico peritos en el tema, aprobaban la muestra y emitían un certificado con sus correspondientes firmas. Este trámite, tenía un valor aproximado de 470 pesos.

Luego, se efectuaba un acta de mensura firmada ante notario. En este documento, se describían los minerales encontrados, el nombre del terreno, su ubicación, la fecha y hora exacta en que se emitía el certificado, el ingeniero perito, los testigos, el día de la manifestación, el número del expediente, la superficie y la altura sobre el nivel del mar.

La denominada “oposición de mensura” era uno de los puntos más relevantes del documento. De este modo, se dejaba en evidencia que el terreno no había sido encontrado antes por otra persona, dando libertad para asumir la propiedad de éste. “A la operación de mensura no se presentó ningún interesado a hacerle objeción al acta, o dejar estampado algún reclamo”, dice textualmente uno de los certificados emitido en marzo del año 1941, correspondiente a las pertenencias “Hermosinia Uno al Siete”.

El 15 de marzo de 1940, Lutgarda manifiesta los terrenos hallados en los alrededores de la localidad de Pozo Almonte. Específicamente, cercanos a la Estación de ferrocarriles Montevideo. A ellos, se podía llegar partiendo de la comuna y tomando el antiguo camino de autos hacia Iquique, que va paralelo a la línea del ferrocarril salitrero de la época. “Más o menos a 10 kilómetros del punto de partida, encontramos una mina abandonada que tiene como única labor, un chiflón de 12 metros de largo, cuyos desmontes son de un color amarillo débilmente yerdoso”, dice tal cual el acta de mensura de los yacimientos de oro, plata, cobre y fierro.

Tras el descubrimiento y la inscripción de la propiedad, el 28 de marzo, tan sólo a pocos días de la manifestación, una carta de apelación emitida por el Primer Juzgado de Letras de Iquique, bajo el nombre de Eralio Cortés Contreras, llama la atención de Lutgarda. Se trataba del administrador de la Sociedad Minera Manto Monstruo, quien fuera del tiempo determinado para la oposición, alega que los terrenos habían sido encontrados anteriormente por la asociación.

“Doña Lutgarda Toro pretende mensurar terrenos manifestados por la sociedad que represento, con anterioridad como se comprueba de las copias autorizadas (...) de tales documentos se tiene que, con fecha 26 de abril de 1938, la Sociedad Minera Manto Monstruo, manifestó con los nombres ‘Acero Primera a Acero Vigésima’ los mismos terrenos que doña Lutgarda Toro quiere dejar bajo su nombre”, dice textualmente la oposición a la mensura.

Lo anterior, fue el primer paso de una disputa que llegó a la Corte de Apelaciones de Iquique. Luego de varias citaciones al juzgado, una serie de reclamos por parte de la asociación y las resoluciones dictadas por el juez del caso, el 14 de junio de 1941, se emite un último documento. Finalmente, Lutgarda gana la pelea judicial, quedándose con los terrenos apelados por la minera Manto Monstruo.

Sin embargo, la tarea no fue fácil. Sobre todo, porque tras resolver el caso, la asociación persistió con la idea de apoderarse de los terrenos, aún cuando la oposición al acta de mensura se encontraba fuera del plazo estimado. Frente a todo, Lutgarda se encontraba sola, sin una sociedad minera de respaldo, sólo con la seguridad y constancia que la caracterizaban. Aspectos que de a poco, comenzaron a forjar buenos resultados en uno de sus principales objetivos de vida.

“Mi suegra les ponía a sus yacimientos los nombres de su familia. Uno de ellos se llama como mi esposo Gerardo. Creo que a otro le puso María, como la hermana postiza que tuvo. Y así consecutivamente. En ese tiempo la gente le ponía apodos a los terrenos que encontraba”, dice Gabriela Piña, nuera de Lutgarda, quien al conversar sobre la historia de su suegra, duda sobre la existencia de esos terrenos. “¿Y si nos pertenecen?”, agrega.

Luego del acta de mensura, el trámite continuaba con el pago de las patentes mineras. Eran ingresos municipales “ordinarios y extraordinarios” que llevan el timbre de la Casa de Moneda de Chile, institución estatal más antigua del país, correspondiente en ese tiempo al Ministerio de Hacienda y que hoy se dedica a la confección de documentos oficiales, como también a la fabricación de monedas nacionales y conmemorativas.

Según los recibos de la época, el precio de una patente fluctuaba entre los 300 a 900 pesos, dependiendo de la cantidad de terrenos emitidos en el papel. Asimismo, el pago se realizaba en la municipalidad correspondiente a la zona donde se encontraban los yacimientos. Según el documento, Lutgarda en ese tiempo residía en la calle San Martín número 737, ubicada en el centro de Iquique.

Según lo especifica la Ley de Minería, el no pago de las patentes provoca el traspaso de inmediato de la propiedad al Gobierno, quedando ésta en libertad de ser nuevamente adquirida por quien se interese en comprarla. De este modo, los documentos emitidos en la fecha en que Lutgarda halló los cuatro

terrenos con minerales, estaban sujetos a este reglamento a través del artículo 11 de la ley número 488. Sin embargo, esta norma ha sido reformada con el pasar del tiempo.

Hoy, los requisitos y especificaciones para quienes realicen la actividad de forma independiente, se encuentran en el código de minería. Específicamente, en la ley número 19.719 que describe el pago de patente especial para pequeños mineros y la capacidad para adquirir derechos, entre otras normas impuestas por el Estado.

Tras comenzar a indagar en la minería, Lutgarda logró encontrar cuatro terrenos de minerales al interior de Iquique. Sin embargo, la aparición de un par de yacimientos más en los recibos de patentes mineras, deja la incertidumbre de otros hallazgos realizados por esta mujer. Pues, cinco hectáreas de oro, cobre y fierro, ubicadas en la subdelegación de Huara, figuran con el nombre de “Tadeo 1ª a 1ª”. Asimismo, el yacimiento de plata, oro, cobre, fierro y cuarzo, ubicado en la Península de Tumbes, llamado “Sebastián”. Estos pagos, datan del año 1953 y 1948, respectivamente.

Respecto a lo anterior, una carta sin fecha escrita por Lutgarda, dice que “he descubierto unos depósitos de azufres, cuyas demarcaciones más precisas son al norte, la República de Bolivia y con el volcán Gualcán, al sur con la azufrera de Ocaña (...) las cuales son diez pertenencias de cincuenta hectáreas, cada una con los nombres de ‘Hilda Primero al Diez’”, lo que evidencia el descubrimiento de otras tierras que no aparecen inscritas en ninguno de los documentos mineros recopilados.

La mina “Hermosinia del 1 al 20”, inscrita el 15 de febrero del año 1940 y ubicada en los cerros al oeste de Pozo Almonte, fue el primer hallazgo documentado por Lutgarda. “Jerardo Primera al Diez” con fecha el 14 de agosto, fue descubierto el mismo año, al norte de la frontera con Bolivia y el volcán Hualcani. “Marco Antonio Una a Cuarenta” data del 9 de mayo de 1959 y fue encontrado en el sector poniente del primer terreno hallado. Asimismo,

“María una a sesenta”, yacimiento que data del día 4 de abril de 1960. Todos, registrados de manera consecutiva.

De lo anterior, se desprende que a los 66 años de edad, Lutgarda realizó su último descubrimiento. Asimismo, sus viajes al norte persistieron hasta el momento en que pagó la patente minera del terreno “Tadeo 1ª a 1ª”, perteneciente a la comunidad de Huara, el 22 de marzo de 1965, cuando tenía 72 años de edad. Luego de esto, no existen registros que la relacionen con la minería.

Según el sociólogo Sergio González, “hubo empresarias mineras del salitre a comienzos del siglo XIX. Fueron viudas de importantes mineros que siguieron con las empresas de sus maridos. Incluso, en las primeras salitreras de Tarapacá hubo empresarias. Pero hablo de minería salitrera, porque sobre mujeres que se hayan dedicado a la búsqueda de otro tipo de mineral, no existen datos. Era casi imposible que una mujer en solitario, se dedicara a este tipo de actividad”, asegura.

Lutgarda, quien insistió en su afán por la minería, sería la única mujer de la época que habría incursionado en esta actividad. Al menos, por el momento, no existen registros de otro personaje femenino que haya descubierto una serie de terrenos publicados en los boletines de la época. Asimismo, “reconocer a la mujer en el registro histórico del pasado, así como otorgar una valoración real a su calidad de actor social en el presente”³⁴, es de real importancia para la reconstrucción de una etapa enriquecida de historia social y cultural.

³⁴ Ibid., 11 p.



Plano de mensura de los yacimientos “Herminosia del 1 al 7”, ubicados en Pozo Almonte.
Foto: Archivo familiar.

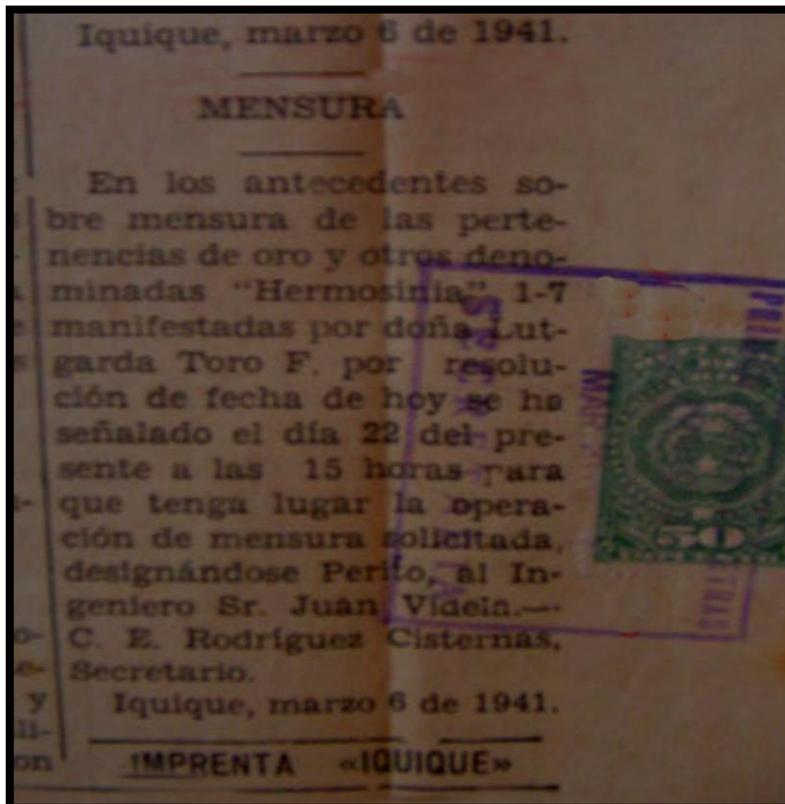
del Uno al Cien, si — Conforme — Iquique, |za” manifestadas por don IMPRENTA «IQUIQUE»

Suscríbese a EL BOLETIN MINERO

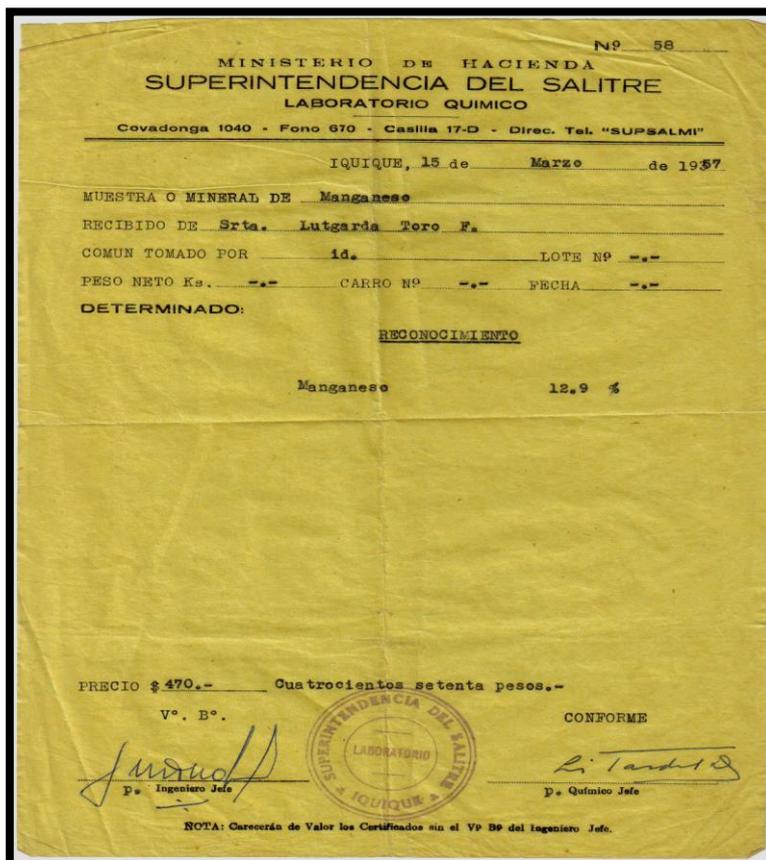
BARACOA

80 CTS.
PERFECTOS.

Publicidad de uno de los boletines mineros de la época.
Foto: Archivo familiar.



Publicación de las pertenencias de Lutgarda en uno de los boletines mineros de la época.
Foto: Archivo familiar.



Recibo de reconocimiento del mineral en el laboratorio químico.
Foto: Archivo familiar.

901

INGRESOS MUNICIPALES

ORDINARIOS Y EXTRAORDINARIOS

Municipalidad de iquique., 23.3.53.- de de 19....

Departamento de

Nombre Lutgarda Toro.....

Dirección Bilbao N° 46-Talcahuano, - Talleres de Especies Valoradas. - Santiago. - Chile.

Partida	Item	Glosa	MATERIA	Cantidad
..... J.	III.	16-ma.	Pat. de Minas enroladas	\$ 1,250,--
1° de Marzo de 1953 1, 26 de Febrero de 1954				
Pertenenencias de oro, cobre y fierro magnésico y n. y. n. de cinco hectareas cada una ubicadas en la Sub. E. de Huará y denominadas: "TADEO" 1a. a la 12a.				
Son: un mil doscientos cincuenta pesos.				
CAJERO O RECAUDADOR.			TESORERO.	

Última patente minera pagada por Lutgarda en el año 1953.
Foto: Archivo familiar.

Firma de Lutgarda Toro, en una de las actas de mensuras de la época.
Foto: Archivo familiar.

Año VII—Edición de 5 pájs. Iquique, Sábado

SUMARIO

Inscripción de las pertenencias "De Cristo", de doña Lutgarda Toro Figueroa.

Cartel de Mensura de las pertenencias "Hermosinia Octava a Vigésima", de doña Lutgarda Toro Figueroa.

Cartel de Mensura de las pertenencias "Hermosinia Tercera del Uno al Ocho", de doña Lutgarda Toro Figueroa.

Mensura de las pertenencias "Puchuldiza Primera a Puchuldiza Sexta".

Inscripción de las pertenencias "Paco Primera y Segunda", de don Arturo Gálvez Paredes.

Inscripción de las pertenencias "Gloria Primera a Tercera", de don Arturo Gálvez P.

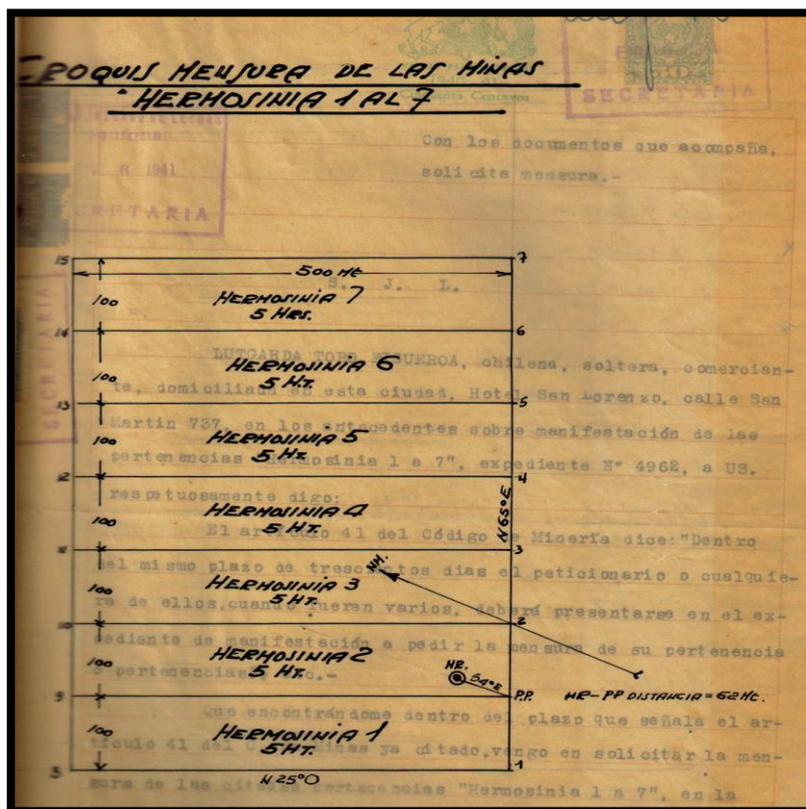
Inscripción de las pertenencias "Triángulo Primera a Vigésima", de don Manuel Palacios y Otro.

Inscripción de las pertenencias "Triángulo Primera a Vigésima", de don Manuel Palacios y otro.

Inscripción de las pertenencias "Gloria Primera a Tercera", de don Arturo Gálvez P.

de noviembre de mil novecientos cuarenta y uno. — A solicitud de doña Lutgarda Toro Figueroa, chilena, soltera, comerciante, domiciliada transitoriamente en el Hotel San Lorenzo de esta ciudad, procedo a inscribir en el presente Registro, la manifestación minera que sigue. — **COPIA.** — En lo principal, hace manifestación de los minutos y se anotó bajo el número de las pertenencias mineras "De Cristo Una a Cinco"; al otrosí poder. — Señor Juez Letrado de Minas. — Lutgarda Toro Figueroa, comerciante, soltera, chilena, domiciliada transitoriamente en el Hotel San Lorenzo de esta ciudad, a Usía respetuosamente, digo: — Que en el tercer distrito de la Subdelegación de Pozo Almonte, en los cerros que quedan al frente al Ferrocarril Longitudinal, sección Norte, he encontrado unos yacimientos de cuarzo azufre, fierro, aluminio y otras substancias, cuyos deslindes más precisos son: — Al Norte, con cerro sin nombre; al Oeste, cerrillos de arena, y un corte del Ferrocarril Longitudinal, Sección Norte; al Este, cerros sin nombre que afrentan a la Estación de Pissis, y al Sur, la huella fiscal que va a Humberstone; deseo explotar estos yacimientos, vengo en solicitar de Usía tenga a bien concederme

Boletín de minería con la publicación de los terrenos de Lutgarda.
Foto: Archivo familiar.



Croquis de las minas "Hermosinia 1 al 7".
Foto: Archivo familiar.

ACTA DE MENSURAS DE LAS PERTENENCIAS DE MINERALES DE
ORO-PLATA-COBRE-y+ FIERRO.-

PERTENENCIAS "HERMOSINIA UNO AL SIETE" /- COMUNA DE POZO ALMONTE.-

FECHA DE LA MENSURA.- VEINTIDOS DE MARZO DE MIL NOVECIENTOS CUARENTA Y
UNO A LAS QUINCE HORAS.-

INGENIERO PERITO.....JUAN VIDELA S.

TESTIGOS.....FRANCISCO TELLO, NOB MALDONADO, MANUEL
VIDELA Y LINO NAREA.-

PROPIETARIA.....SROJITA LUTGARDA TORO FIGUEROA.-

FECHA DE LA MANIFESTACION.....15 DE MARZO DE 1940.-

SIMPLEMENTE MANIFESTADA.-EXPEDIENTE N°4962 DEL PRIMER JUZGADO DE
IQUIQUE.-

SUPERFICIE MENSURADA.-SIETE PERTENENCIAS DE CINCO HECTAREAS CADA UNA.-
ALTURA SOBRE EL NIVEL DEL MAR..... MIL CINCO METROS.-

UBICACION.- Las pertenencias en referencias, se encuentran ubicadas en el Primer Distrito de Pozo Almonte de la Comuna Subdelegación del mismo nombre, Departamento de Iquique, Provincia de Tarapacá, Chile.- Para llegar a ellas se parte del ~~lugar~~ Pueblo de Pozo Almonte y se toma el antiguo camino de autos a Iquique, que va paralelo a la línea de F.C. Salitrero y al lado izquierdo de ésta; más o menos a los diez kilómetros del punto de partida, encontramos una mina abandonada que tiene como única labor, un chiflón de 12 metros de largo, cuyos desmontes son de un color amarillo debilmente ferruginoso.-

Casi frente a la mina indicada, se cruza la línea del F.C.S. y con un rumbo astronómico de más o menos setenta grados Norte al Oeste, hacemos un recorrido de tres kilómetros, hasta llegar a las minas que vamos a mensurar.- Desde muy lejos se divisa el hito de referencia.-

YACIMIENTO.- Las pertenencias, se encuentran en un terreno en parte plano y en parte, formado por cerrillos de excesa altura. Todo el terreno es completamente arenoso.- En varias partes, se ven picados o reventones demostrando en esta forma que se trata de un gran depósito de fierro y de una corrida de varios kilómetros que en su mayor parte se encuentra encapado.- Al ensayar una muestra en el laboratorio, me dió una ley de 89,76 % de fierro total.- Por las demás pastas spocotadas mp se ensayó la muestra.-

HITO DE REFERENCIA.- El hito de referencia se encuentra en la parte plana de la cima de un cerrillo, al lado de una zanja que se ha labrado para reconocer un reventón de fierro.- El hito es de piedras, rebocado con cemento y pintado con una lechada del mismo material.- Es de forma piramidal de base cuadrada y de dimensiones reglamentarias.- En la cúspide sobresale un tubo de fierro de tres pulgadas de diámetro, donde a pintura tiene marcada las palabras: HITO DE REP. Este hito se encuentra en la pertenencia Hermosinia Dos, y a sesenta y dos metros del punto de partida.-

OPOSICION.- A la operación de mensura no se presentó ningún interesado a hacerle objeción al acta, o dejar estampado algún reclamo.-

INSTRUMENTO.- El taquímetro usado es de graduación sexagesimal a la derecha, con ángulo de elevación o depresión, dejando especial constancia

Acta de mensura de las pertenencias "Hermosinia uno al siete".
Foto: Archivo familiar.

Capítulo VI

La curandera

“¡Ese niño se salvó de leucemia!”, exclama Gerardo Watt, uno de los nietos de Lutgarda. “Fue como un milagro, nadie supo cómo comenzó a mejorarse. Recuerdo muy bien la primera vez que lo vi entrar a la casa. Llegó pálido, delgado. Iba acompañado de sus padres a visitar a mi abuela. Luego de un tiempo, engordó y la enfermedad desapareció por completo. Fue increíble”, agrega.

A comienzos de la época del salitre, la escasez de médicos profesionales en los diferentes campamentos era evidente. Tan sólo existían uno o dos que debían atender a un centenar de personas que vivían en las oficinas. Como si fuera poco, las enfermedades se propagaban fácilmente por toda la población, dejando a muchos convalecientes y a otros fallecidos, dependiendo del nivel de gravedad. “De acuerdo a las estadísticas de la época, evidentemente, hubo mucha mortalidad infantil, mortalidad en partos, etc. Había pocos especialistas. Por ejemplo, cuando yo nací, sólo estaba el doctor Juan Leiton. Él, era el único que atendía a todos. También existían las curanderas y la gente del sur o aymará que tenía sus propias medicinas”, explica la presidenta de la corporación “Hijos del Salitre”, Sara Benavides.

Quienes desempeñaban la profesión, eran pocos. Algunos, provenientes del sur, aunque también del extranjero. En general, por cada campamento había un solo médico de cabecera. Cada uno de ellos, contratados por las empresas de la época. “Hubo cargos de confianza vinculados a la administración, como vigilantes, serenos, pasatiempos, propios, etc. (...), éstos gozaron de privilegios que al resto de los trabajadores les fueron vedados”³⁵. Los doctores que rondaban por las oficinas atendiendo a pacientes, recibían estos beneficios, pues eran los únicos que tenían su labor asegurada en las oficinas.

³⁵ González, Sergio: *Hombres y Mujeres de la Pampa*, LOM Ediciones, Santiago, 2002. 159 p.

Asimismo, luego de un tiempo, sólo algunas oficinas instalaron consultorios para atender a la gente. Esto provocó el hacinamiento de una cantidad de personas en busca de sanarse de alguna enfermedad, lo que conllevó a formar grandes filas de espera para poder ser atendidos por un médico. “Mi abuela contaba que el surgimiento de males era un hecho extremo. Además, ella creía en el mal de ojo, entre otro tipo de cosas que aseguraba que existían en ese tiempo”, explica Gerardo Watt, uno de los nietos de Lutgarda.

Sin embargo, los doctores de la época no podían ejercer de forma particular. Ellos eran contratados de forma exclusiva por la administración de la empresa. Lo que además, incluía deber atender a todos los trabajadores de la oficina por igual, junto a sus respectivas familias. El profesional que quería desempeñarse de manera independiente, debía hacerlo por sus propios medios fuera del campamento. Por lo anterior, muchos viajaban a la ciudad de Iquique para hacerlo.

Por otro lado, mientras la rutina del hombre se centraba en levantarse temprano, desayunar, acudir a las labores, volver a la hora de almuerzo y luego seguir trabajando en la tarde, “las mujeres estaban confinadas a los ambientes del hogar, la familia y los más cercanos”, según explica el sociólogo y director del Centro de Investigación de la Realidad del Norte

En esa época tenían de cinco a seis hijos. Aparte de atender las labores del hogar, buscaban formas para mantener sanos a los suyos. Esto, a través de tónicos realizados a base de yerbas naturales. Cada uno de ellos, elaborados de acuerdo a la enfermedad o malestar que se tenía. “Había personas que se dedicaban a este tipo de cosas. Por ejemplo, para la diarrea o el empacho, existía una mezcla de maicena, con cáscaras de granadas. Para la tos, recuerdo que hacían un jarabe de azúcar con limón. Para el estómago, una cucharada de aceite tibio con sal y limón. Eran remedios que sabíamos que eran para determinadas cosas. Hay técnicas que aún se ocupan”, explica la presidenta de la corporación “Hijos del salitre”, Sara Benavides.

Lo anterior, era influencia de los indígenas provenientes de la cordillera y precordillera. Ellos y la gente del sur, traían consigo una serie de recetas naturales elaboradas con yerbas. Así también, la población aymará que con sus tradiciones, contribuyeron a la salud dentro de los campamentos del norte. De este modo, “Tarapacá fue un crisol cultural, en el cual sin distinciones discriminatorias de nacionalidades y orígenes étnicos, la gente logró construir una identidad nueva y diferenciada”³⁶.

Pero no sólo la elaboración de tónicos con yerbas naturales, ayudaba a la recuperación de enfermedades. También existían las denominadas curanderas, mujeres que complementaban el trabajo de los médicos en las oficinas. Eran ellas las que acudían con rapidez a la hora de producirse una emergencia. Sobre todo, al momento de un parto. “En algunas oportunidades, el médico no se encontraba para ayudar a parir a la futura madre. Mi abuela decía que eran las mismas mujeres de los campamentos, las que debían ayudar a que naciera el bebé”, dice Ilse Watt, una de las nietas de Lutgarda Toro.

Los años posteriores a su primera patente minera pagada en el año 1942, se dividieron entre la fuente de soda en Talcahuano y los viajes a Iquique para mantener al día los trámites relacionados con los terrenos. Sin embargo, nunca aceptó las ofertas de las industrias azufreras de la zona central para vender sus yacimientos. Asimismo, sus únicos ingresos monetarios los obtenía a través de la venta de productos.

En 1947, Gerardo Watt, con 28 años de edad, se desempeñaba como técnico de máquinas de escribir. Por ese tiempo, insiste en probar suerte en el amor. Esta vez, lo haría enviando un anuncio a un segmento denominado “Cásese si puede” que pertenecía a uno de los periódicos de la época. En él, participaban las personas que andaban en búsqueda de alguna pareja. Describían su aspecto físico y personalidad, adjuntando una dirección donde el interesado podía enviar cartas para comenzar a relacionarse.

³⁶ Ibid., 76 p.

Gabriela Piña era una joven de 22 años que estudiaba para ser profesora. Bromeando con su hermana, decide escribir a la dirección publicada en el diario. Nunca pensó que en pocos días, Gerardo la visitaría a su hogar. Sin embargo, no pasó mucho tiempo para que se enamoraran y se casaran a escondidas. “Mi madre no iba a permitir que me casara con mi ‘viejo’. Ella era muy recatada y formal para sus cosas. Así que desistí a sus reglas y me dejé llevar por el amor”, explica Gabriela, quien vivió junto a su esposo en San Bernardo y tuvieron siete hijos.

En ese tiempo, la suerte laboral de Lutgarda cambió drásticamente tras un incendio que destruyó la casa donde vivía y su negocio. Según sus familiares, el accidente fue provocado por un comerciante del sector que envidiaba el buen pasar económico de esta mujer. De este modo, perdió todo lo que tenía, quedando en pie sólo una mísera parte de la infraestructura de su hogar.

Tras el suceso, en marzo del año 1954 se dirige a San Bernardo para vivir junto a la familia de su hijo. “Teníamos una casa bien grande, ubicada en la calle Prat. Hasta una chacra alcanzaba en el terreno”, explica Gabriela Piña. “Luego de un tiempo, instaló un cuarto en el patio. Como una especie de consultorio de madera, con una mesa y sillas para sentarse. Tenía una repisa donde ponía yerbas, libros y lupas. Manejaba un cuaderno con mapas y rayas para todos lados”, agrega.

Lutgarda Toro absorbió todo tipo de consejos medicinales durante los años que vivió en la salitrera Buenaventura. Pues, cuando se dirigía a pagar las patentes mineras a Iquique, también se encargaba de abastecerse de productos que más tarde convertiría en medicina para sus nietos. “Lo que más recuerdo es que nos daba aceite de bacalao antes de almorzar. El aceite para ella era importante para el crecimiento, para los huesos. Tenía un color opaco y era malo. Entonces, partía unos trozos, nos daba una cucharada de aceite de bacalao y después un trozo de chancaca para pasar el mal sabor”, recuerda Gerardo, nieto de Lutgarda.

Leyendo libros, aprendió sobre la iriología. Un método antiguo utilizado para diagnosticar las enfermedades de las personas a través del iris del ojo. Con algo de conocimiento de medicina alternativa y yerbas, decidió dedicarse a esta actividad, sanando los malestares de las personas de su barrio. Nunca cobró por la atención. Sin embargo, la gente le pagaba con invitaciones a almorzar, con gallinas, chanchos, entre otro tipo de cosas, a modo de agradecimiento.

“La invitaban al campo y me llevaba a mí con mi hermana Margarita. Me acuerdo que allá nos recibían con tremendos platos de cazuela. Y de vuelta, llegábamos a la casa con sacos gigantes de verduras y frutas. Ella no recibía nada de plata”, explica Ilse Watt, una de sus nietas. Ella y su madre, tratan de recordar cada momento junto a Lutgarda para relatarlo. Luego de un tiempo, continúan contando historias relacionadas con la actividad. “Me acuerdo de una máquina que daba corriente. Tenía unos imanes. Funcionaba girando una manilla, se suponía que era para enfermedades nerviosas”, agrega Gabriela Piña.

En ese tiempo, Gabriela trabajaba en la escuela de San Bernardo. Hacía clases desde primero a sexto de preparatoria. En tercer año, tenía un alumno de apellido Colima. Menudo, un poco pálido y de contextura delgada, Ricardo comenzó a faltar constantemente al colegio. Luego de un tiempo, su madre comentó que estaba enfermo y que le realizarían una serie de exámenes médicos para diagnosticar su mal. No pasó más de una semana, cuando volvió a la institución para decir que su hijo sufría de leucemia.

Sin dudarle, Gabriela citó a Ricardo y a su familia para que se juntaran con Lutgarda. Tras contarles sobre el tratamiento natural que realizaba su suegra, ellos accedieron de inmediato. Con una lupa en mano y la otra haciendo rayas dispersas en una hoja de cuaderno, observó minuciosamente el iris de uno de sus ojos. “Mi mamá sabía lo de mi abuela, aunque nunca creyó en ello, hasta que tuvo una experiencia bien particular. Ella sufría de la vesícula, comenzó a

tener frecuentes ataques que la llevaban a la posta. Le dijeron que debía operarse, pero por miedo no quiso. Hasta que mi abuela le preparó sus jarabes con distintas yerbas y se los dio. Yo no sé en realidad cuánto tiempo pasó, quizás unas semanas, pero se mejoró por completo, nunca más tuvo dolores”, comenta Gerardo Watt.

Ricardo Colima ya no parecía tan pálido. Cada vez que visitaba a Lutgarda, regresaba a su hogar con nuevos tónicos e instrucciones para su tratamiento que esta mujer pegaba en la misma botella donde entregaba el remedio. Comenzó a engordar, a recobrar el color en su cara y a tener más ánimo. No visitó a ningún doctor, tampoco tomó medicamentos. “Tenía unos polvos café y negro. El café lo mezclaba con el aceite de bacalao. Nunca supimos lo que era, pero esa combinación se la tenían que dar al niño antes de almuerzo con una cuchara sopera. Además, mi abuela les decía a sus pacientes que debían tener fe. Que sin ella, no era fácil sanarse”, agrega Gerardo.

Pasaron un par de meses cuando los padres de Ricardo visitaron nuevamente a Lutgarda. Esta vez, el diagnóstico fue diferente. Tras una revisión en el iris del ojo, esta mujer asegura que la enfermedad había desaparecido por completo y que fueran a visitar a un doctor para reafirmar lo dicho. Luego de hacerlo, confirman que el niño de 13 años de edad, ya no padecía ningún mal.

Recordando este episodio en su vida, Gabriela Piña, quien era profesora de Ricardo Colima en ese tiempo, asegura que “fue una especie de milagro. Yo no era muy cercana a este tipo de tratamiento, pero la verdad es que pude ser testigo del mejoramiento de este niño. Luego de eso, mi suegra tenía una clientela estable a la que curaba de todo mal”. Además, comenta que aún se acuerda de su alumno, debido a un talento innato que tenía por la música. “Tocaba violín de una manera inolvidable”, agrega.

Según el doctor titulado de la Universidad Católica, Bruno Grassi, este tipo de tratamientos naturales pueden tener éxito dependiendo del tipo de enfermedad. Además, explica que “la medicina tradicional pertenecientes a

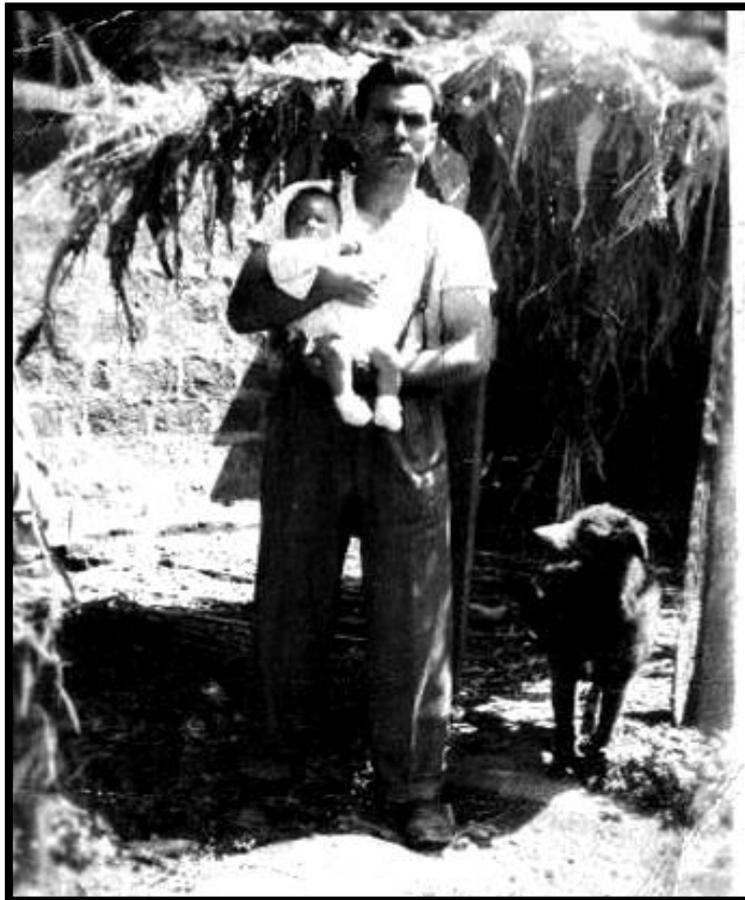
diferentes culturas, son tendencias poco estudiadas en nuestra área occidental, por lo cual es difícil opinar sobre su efectividad. Sin embargo, lo más probable es que sean efectivas, porque he escuchado casos de pacientes que además de asistir a una consulta médica, han tomado estas alternativas. A lo menos, sé de un paciente que se curó de cáncer”, argumenta.

Hace tan sólo un año, Gerardo Watt visitó un vivero ubicado a la salida de San Bernardo, con el fin de comprar plantas para su parcela. Una de las personas que atendía el lugar, se le acercó de forma pausada para presentarse como Rodrigo Colima, dueño del local. “Era uno de los hermanos mayores de Ricardo. Le pregunté si recordaba a la señora Lutgarda y le conté que era mi abuela. Preguntó por mi mamá, se acordaba de ella. Al final de cuentas, me dijo que este niño había estudiado en el Conservatorio Nacional de Música de la Universidad de Chile, que terminó la carrera y luego fue el director de la sinfónica de Sudáfrica. Me llenó la camioneta de cosas y no me permitió que le pagara ninguna. Como este caso, también hubo otros de personas que se sanaron”, comenta Gerardo.

Ricardo Colima, el mismo niño de 13 años que Lutgarda sanó de leucemia, hoy es profesor de violín y director de la Orquesta de Cuerdas del conservatorio de música de la Universidad de Magallanes. Ha sido miembro de la Orquesta de Cámara de la Universidad de Santiago, de la Sinfónica de la Universidad Nacional de San Juan, Argentina, de la Orquesta Nacional de Sudáfrica y director titular de la *National Chamber Orchestra* (Orquesta Nacional de Cámara). Además, su experiencia como músico, lo ha llevado a grabar discos con artistas de alto nivel, como la soprano inglesa Sara Brightman.



Pampinos esperando ser atendidos por el doctor.
Foto: "Iquique y el nitrato, tiempo de recordar", Rocadi, 1999.



Gerardo Watt, junto a uno de sus hijos en el patio de la casa de San Bernardo.
Foto: Archivo familiar.



Algunos de los nietos de Lutgarda en la casa de San Bernardo.
Foto: Archivo familiar.

Capítulo VII

San Ignacio Norte

Las mujeres del siglo XIX y XX no sólo se caracterizaron por salir de la esfera doméstica para desempeñarse en distintas áreas laborales que les entregarían un mejor estilo de vida. Sino que también, demostraron sus ideologías en los diferentes partidos populares que comenzaron a formarse a partir del año 1912, a menos de dos décadas de la crisis del salitre. Aunque la participación de ellas no era muy activa, también estaban al tanto del procedimiento de los sindicatos de la época. Pues “resulta impensable hoy, por cierto, desconocer el sustantivo papel que juega el género no sólo en las relaciones de reproducción, sino también en las relaciones de producción, la vida profesional, la política y la ideología, entre otras”.³⁷

Además, antes de ese periodo, ya habían surgido las primeras mutuales femeninas que velaban por los derechos de las obreras que trabajaban en algunas industrias de la zona central. “También es notoria la rapidez con que estas sociedades se incorporaron al movimiento popular. Los prejuicios y reticencias existentes entre los trabajadores afiliados a las sociedades de socorros mutuos, asociaciones culturales, recreativas y de otro tipo, fueron vencidos por el entusiasmo mostrado por las mujeres mutualistas”³⁸.

A pesar de lo anterior, la actual presidenta de la corporación “Hijos del Salitre”, asegura que “el rol femenino en este tipo de agrupaciones es poco conocido. Basta con decir que hace poco nos comprometimos a celebrar el día de la mujer pampina. Comenzamos a premiar a las que cumplieron roles únicos en la pampa; a las que fueron libretas, cantineras, telefonistas. Todas fueron relevantes en la labor que realizaron. Pero cuando uno busca fotografías o documentos para realizar un afiche y resaltar la presencia de las

³⁷ Veneros, Diana: *Perfiles Revelados; Historias de Mujeres en Chile, siglos XVIII-XX*, Universidad de Santiago de Chile, 1997. 11 p.

³⁸ Grez Toso, Sergio: *De la regeneración del pueblo a la huelga general. Génesis y evolución histórica del movimiento popular en Chile (1810-1890)*, DIBAM, Santiago, 1998. 604 p.

mujeres, nunca se encuentra algo representativo. Sólo hay imágenes familiares, donde aparece el marido muy tieso y la mujer parada al lado con todos los niños chicos alrededor”, comenta.

Asimismo, para la historiadora Diana Veneros, “la participación de las mujeres en la historia de los sindicatos, casi no va a significar la reivindicación de sus propias ambiciones, sino la reivindicación de los obreros, quienes las empiezan a ver como competitivas en el área laboral. Así, esta ideología comienza a repartirse entre todas las clases sociales, no sólo en la popular. Van a tomar la vanguardia del movimiento femenino, discutiendo sobre las necesidades de otras mujeres, pues aparecen hermanadas en esta condición de disminución frente a un modelo dominante. Esto, lleva a que en 1930 ya tengan claro lo que querían lograr. Algo que luego de un tiempo, comenzó a hacerse realidad”, explica.

Con lo anterior, las influencias ideológicas en las mujeres de ese tiempo, tomaron un protagonismo que se expandió hasta llegar al debate por el derecho a voto en las elecciones municipales y presidenciales. La discusión surge a partir del año 1920 en las diferentes reuniones sindicalistas y en 1935³⁹, se aprobó el sufragio femenino para elegir a los candidatos de los diferentes municipios. En 1952, Carlos Ibáñez del Campo sale electo para gobernar el país, tras incluir al género femenino dentro del sistema electoral para las presidenciales.

Según el doctor en historia, Sergio Grez, estos cambios ideológicos en las mujeres fueron “graduales, progresivos y muy lentos. Progresivamente, van incorporándose a las fuerzas activas de trabajo y a las causas sociales. La primera forma de organización social donde participaron las mujeres, eran las sociedades filarmónicas de obreros, verdaderos lugares de recreación popular. Éstas, fueron centros de formación social y política. El partido democrático, que es el primer partido popular de la historia de Chile, se funda en el salón de la sociedad filarmónica de obreros y casi todas las primeras dirigentes

³⁹ [En línea] [<http://www.memoriachilena.cl/temas/dest.asp?id=eleccionesvotofemenino>]

femeninas, hicieron sus primeras experiencias en el plano asociativo en ese lugar”, explica.

Cuando comenzaron las diferentes reuniones por el sufragio femenino, Lutgarda Toro era partícipe de todas ellas. En la salitrera Buenaventura, un grupo de mujeres se juntaba para discutir sobre sus derechos. Según lo comentó alguna vez a su nuera, estos círculos de conversación se realizaban de forma discreta, incluso, clandestina. “Ella era súper acérrima a este tipo de cosas. Discutía sobre las condiciones de vida en las que vivían las esposas de los obreros y sobre lo que debían exigir cada una de ellas en los campamentos. Mencionó que evitaban que se supiera sobre estas juntas, pues en esa época, los hombres no las dejaban debatir sobre estos temas”, explica Gabriela Piña.

Sin embargo, Lutgarda seguía peleando por sus intereses políticos. Finalmente, cuando se aprobó el derecho a voto, a sus 58 años forma parte de la campaña electoral de Carlos Ibáñez del Campo. “En ese tiempo mi suegra aún vivía en Talcahuano. No sé si se conocieron personalmente, pero estuvo todo el rato realizando actividades de apoyo al candidato presidencial. Participaba mucho en todas las reuniones que se realizaban en esa época. Hasta que salió electo el ex presidente”, agrega Gabriela.

Tras esa etapa de su vida y luego de 11 años viviendo en San Bernardo junto a su hijo, nuera y nietos, Lutgarda viaja al norte en marzo de 1965 para pagar la que sería su última patente minera. Ésta, correspondiente a cinco hectáreas de cobre, oro y manganeso denominadas “Tadeo 1 a 10”, ubicadas en la localidad de Huara.

Ya con 71 años de edad, Lutgarda comenzó a dejar de lado la iriología y sus yacimientos en el norte. La posibilidad de viajar era cada vez más difícil, debido a la cantidad de dinero necesario para pagar los pasajes y la estadía. Además, la vejez le jugaba en contra para resistir varios días de trayecto

hacia la ciudad de Iquique, por lo que en algunas oportunidades mandó a su hijo Gerardo a realizar los trámites de sus terrenos a ese lugar.

Su única distracción pasó a ser el tiempo que compartía con sus nietos en la casa ubicada en la calle Arturo Pratt, número 631 de San Bernardo. Lugar en el que hoy existe un centro comercial que derribó el espacio donde Lutgarda vivió sus últimos días de vida. Con la edad, comenzaron a desvanecerse sus ganas de realizar actividades, lo que también influyó en su motivación por la minería. Sin embargo, ninguno de sus familiares imaginó que el momento de su muerte se acercaría de manera tajante e imprevista.

Los terrenos del norte aún seguían a su nombre. A pesar de que nunca los explotó ni sacó provecho monetario de éstos, las cartas de asociaciones mineras seguían apareciendo con el fin de comprar los yacimientos, pero Lutgarda siempre desistió ante la idea. Tampoco quiso traspasar los documentos de las propiedades a su único hijo para dejarlos a modo de herencia.

Según sus cercanos, esta mujer desconfiaba hasta de su propio hijo que por esos años se desempeñaba como bombero en la Compañía Chile-España, específicamente, entre 1962 y 1968. “Mi esposo también fue varias veces al norte. Se demoraba cinco días en ir y cinco más en volver. Alcanzó a viajar como dos veces”, dice la nuera de Lutgarda, Gabriela Piña, mientras frota sus piernas bajo el sol que traspasa el ventanal de su casa. Frente a ella su hija, Olivia Watt, agrega que “si ella hubiese dejado algo. Podría haber pasado todo a poder de mi padre, pero no lo hizo. Quizás fue por desconfianza o por no querer dejar un legado a nadie”.

Durante esos años, Lutgarda aprovechó todo su tiempo para disfrutar junto a sus siete nietos. Además de ayudar en las labores del hogar, su pasatiempo se basaba en dar caminatas por el barrio donde vivía. Asimismo, les preparaba helados caseros, los cuidaba cuando sus padres salían y les contaba historias de los campamentos del norte. Además, se preocupaba de darles aceite de

bacalao antes del almuerzo, de inventarles juegos y de supervisar las tareas de la escuela.

“Debajo de un damasco que teníamos en la casa, se ponía con un balde grande a hacernos helados. Todos esperábamos en fila para recibir nuestra porción. Además, recuerdo perfectamente los veraneos. Nos íbamos a la playa con mi abuela. A nosotros nos mandaban con ella en tren y mis papás se iban en el auto con todo lo necesario para la estadía. Mi papá compraba lonas y hacía catres de campañas para el camping. Llegaba el momento de irnos y siempre nos atrasábamos al salir de la casa. Nos tiraban al tren por la ventana y mi abuela nos recibía por dentro”, comenta Olivia Watt.

A pesar de que en su juventud Lutgarda se caracterizaba por tener buen físico y lindos rasgos faciales, de a poco comenzó a perder interés por su apariencia. Apenas se peinaba en las mañanas para levantarse e, incluso, en oportunidades no cambiaba su tenida de vestuario. Su dormitorio comenzó a convertirse en un refugio al que sólo ella podía acceder. Pues a él, ninguno de sus nietos, tampoco su propio hijo entraba. Los únicos recuerdos que conserva su nuera acerca de ese sector de la casa, se basan en una cama de bronce, algunos documentos dispersos por todos lados y un baúl donde guardaba algunas pertenencias.

“Ella tenía unas facciones muy bonitas. De cuerpo no tan estilizado, pero de cara bonita. Mi hermana que vive en España se parece a mi abuela. No tenía cejas, se las pintaba. Una vez contó que para un año nuevo en la salitrera, habían tirado fuegos artificiales. Uno de esos no explotó y se dirigió corriendo a pescarlo para saber qué pasaba. Lo tomó y le explotó en la mano, se quemó las cejas y sintió que los ojos también. Corrió hacia una fuente de agua y empezó a echarse en la cara. Fue terrible para ella”, comenta Gabriela Watt, una de sus nietas.

El cuarto donde recibía a sus pacientes, cada vez estaba más abandonado en el patio trasero de la casa de San Bernardo. En él, también un par de

máquinas que según comentan sus familiares, las había pedido a Alemania. “Tenía unos imanes. Cada vez que se comenzaba a girar, generaba electricidad en las personas. Tanto así, que incluso se les elevaba un poco el pelo. Pero todo eso después quedó sin uso”, explica Gabriela Piña.

Con el tiempo, Lutgarda Toro, la misma mujer a quien se describe en uno de los boletines de minería como la primera mujer minera del país, comienza a perder interés por su vida. Según lo explican sus familiares, el desorden y el desaseo, pasaron a ser sus características principales. Sin embargo, también aseguran que no sufrió ningún tipo de patología o pérdida de memoria que conllevara a este tipo de reacciones en ella. Sino que más bien, el alejamiento de sus afanes y el tiempo libre que dejaban éstos, influyó en su desinterés por el día a día.

“Mi abuela era muy preocupada de sus nietos. Se preocupaba de que no nos faltara la leche, de llevarnos a pasear, llevarnos a los circos, a cualquier espectáculo. Pero ya estaba cansada de su vida. Trabajó desde los 14 años y nunca descansó. No tuvo una vida cómoda. Yo creo que ya no quería más guerra, que estaba agotada. Hizo tanto en su vida que pareciera que haya vivido unos 100 años. No sé si fue feliz. Yo creo que lo era cuando vivía con nosotros, porque nos disfrutó harto”, dice Gabriela Watt.

En el periodo en que Lutgarda residía en el norte, “las mujeres de clase alta y media vivieron una mutación sutil, la que se reflejó en nuevos estilos femeninos. Entre los agentes propiciadores de tales cambios identifica el impacto de la educación, (...) los efectos de la Gran Guerra y el creciente acceso de la mujer al mundo del trabajo”⁴⁰, lo que conllevó a la integración del género a las distintas áreas laborales de los campamentos. Sin embargo, el tipo de función que desempeñaban, dependía del estrato social del cual se provenía.

⁴⁰Veneros, Diana: *Perfiles Revelados; Historias de Mujeres en Chile, siglos XVIII-XX*, Universidad de Santiago de Chile, 1997. 14 p.

Sara Benavides, vivió por mucho tiempo en la salitrera Buenaventura y Pedro de Valdivia. Ella, explica que algunas mujeres de clase alta, se dedicaban a estudiar moda o a realizar diseños como pasatiempo. Asimismo, los lugares de esparcimiento para el género femenino, se encontraban en diferentes espacios físicos. Pues “la piscina donde iban las mujeres de los obreros y sus familias quedaba en un lado, la de los empleados en otro y la de los supervisores eran privadas. Había mucha diferencia de clases”, comenta.

Asimismo, las mujeres que pertenecían a la clase media y baja, debían trabajar jornada completa desempeñando labores domésticas, como también buscando otras actividades que les entregaran más sustento económico para sus familias. Lutgarda, además de trabajar en la pulpería con su madre, recorría por horas las oficinas vendiendo productos, aprovechando también de buscar minerales por los alrededores.

Durante años mantuvo su afán por la minería. Debatía su derecho como propietaria de los yacimientos denominados “Hermosinia del 1 al 7” y ganó el proceso judicial que enfrentaba en contra de la entonces asociación minera Manto Monstruo. “Tenía una personalidad muy fuerte y firme, no aguantaba nada. También era un poco egoísta. Ejercer la minería le costó mucho. Invirtió mucho en ello, porque en ese tiempo no era fácil conseguir a pirquineros, etc. Tenía que alimentarlos, pagarles, tener herramientas, conseguir burros. Era un sacrificio. Por lo eso no quiso deshacerse de los terrenos, porque eran parte de ella. Vibraba con eso. Por lo mismo, cuando dejó de lado sus tierras, dejó de lado su vida también”, explica Gabriela Watt, nieta de Lutgarda.

La mañana del seis de noviembre de 1970, el hogar de la familia Watt Piña, comienza su rutina diaria con total normalidad. Los siete nietos de Lutgarda asisten al colegio, mientras su nuera se dirige a realizar clases en la escuela de San Bernardo. Gerardo, su hijo, realizaba algunas labores de carpintería cuando su madre decide salir a dar un paseo por el sector.

Eran aproximadamente las ocho de la mañana, cuando esta mujer cruza la calle para descansar en un banco de la plazoleta, siendo atropellada por un ciclista que la bota al suelo y la deja con un golpe severo en la cabeza. Según un fotógrafo que sirvió de testigo y contó el incidente a la familia, tras el hecho, esta mujer se para y termina su recorrido para sentarse. Pasan algunos segundos cuando su corazón deja de latir. Lutgarda Toro Figueroa, fallece en una banca de la Plaza de Armas de San Bernardo, a tan sólo un par de cuadras de su hogar.

El certificado de defunción del Servicio de Registro Civil e Identificación de la época, describe que esta mujer muere a los 76 años de edad a causa de una hipertrofia y dilatación al corazón. “Hasta el final fue porfiada y llevada a sus ideas. Estuvo como un mes enferma. En la noche despertaba y llamaba a Gerardo para que le llevara la estufa y algo caliente, porque le daban como tercianas, frío. Fue al hospital y la quisieron dejar hospitalizada porque tenía el corazón muy dilatado, pero ella no quiso quedarse. Yo creo que a raíz de eso le vino el ataque”, comenta Gabriela Piña.

Junto al fallecimiento de Lutgarda, partieron también sus conocimientos acerca de la iriología y la medicina natural. Pues tras el accidente, su hijo Gerardo, tomó todas sus pertenencias y les prendió fuego en el patio trasero de su casa. Sólo se salvaron algunos documentos, los mismos que hoy forman parte de este reportaje. Sus cuadernos, recetas y los elementos que guardaba en el cuarto de consulta, también fueron quemados.

“Yo no sé por qué mi ‘viejo’ quemó todo lo que tenía mi suegra. A pocos días de su muerte, prendió fuego a todo. Su baúl con ropa, muchos papeles, sus zapatos, etc. Todo se hizo cenizas. Quizás fue para no guardar tanto cachureo, porque ella tenía muchas cosas”, comenta Gabriela Piña, nuera de Lutgarda.

El accidente fue repentino. Cada uno de los integrantes de la familia realizaba sus actividades diarias cuando de a poco comenzaron a recibir la noticia. “Yo

tenía como 14 o 15 años. Fui al colegio y cuando llegué a la casa me contaron que había muerto. Aparte del sufrimiento, yo al menos no quise saber ningún detalle. Incluso, ni siquiera la quise ver en el cajón, tampoco nos llevaron al cementerio. Ninguno de sus nietos fue. Después supe dónde estaba enterrada. En ese tiempo se pensaba que los velorios no eran para los niños”, comenta Gabriela Watt.

Tras el inesperado fallecimiento de Lutgarda, los cuatro terrenos del norte fueron abandonados. Su desconfianza, provocó que los años de trabajo y expediciones en plena pampa, se perdieran en el tiempo. Pues, finalmente, ninguno de los documentos fue traspasado a sus familiares, lo que condujo al abandono de los yacimientos y a la desaparición del poder que esta mujer tenía sobre esas propiedades.

Ninguno de los familiares de Lutgarda sabe si esos terrenos aún se encuentran en el lugar. Sin embargo, según los mapas que describen los lugares exactos donde hallarían, éstos estarían ubicados en el centro de un espacio donde hoy existen grandes asociaciones mineras. Asimismo, según las estadísticas del Servicio Nacional de Geología y Minería (SERNAGEOMÍN), hasta el año 2008, hay 10 millones de concesiones constituidas y que explotan minerales en el norte del país⁴¹.

Lo anterior, conlleva a la posibilidad de que tras 67 años que se cumplen en la actualidad desde el primer descubrimiento, Lutgarda Toro habría perdido legal y terrenalmente los cuatro terrenos que tenía bajo su nombre, por la serie de asociaciones mineras que podrían existir sobre sus yacimientos. Con esto, también gran parte de su historia. Pues, esta mujer que dedicó 28 años a la minería, no sólo sobresale de los parámetros culturales de la época, si no que también deja al descubierto el perfil de algunas mujeres que debieron transgredirlos para progresar en sus vidas.

⁴¹ [En línea] [<http://www.sernageomin.cl>]

“Esta falta de representación femenina puede ser explicada en función de una historiografía orientada, básicamente, en el análisis de las relaciones de poder que se desarrollan en torno al elemento masculino y en el ámbito de lo público”⁴², lo que además conlleva a una presencia femenina escasa en la historiografía del país y estereotipada por el machismo de la época.

Lutgarda Toro Figueroa fue sepultada en el sector San Ignacio Norte del Cementerio Parroquial de San Bernardo. Sin embargo, su tumba permaneció abandonada incluso desde antes del fallecimiento de su hijo Gerardo en el año 1983. Pues, tras la muerte de su madre, este hombre partió con toda su familia a vivir a Quilpué, lo que dificultó sus viajes hacia la zona central.

En febrero de este año, Gabriela Watt, una de las nietas de Lutgarda, se dirigió al lugar donde sepultaron a su abuela para reconocer el espacio donde aparecería su nombre y fecha de fallecimiento. Caminando por los pasillos angostos del cementerio, esta mujer recorre lentamente cada uno de los nichos tratando de recordar donde yace su abuela. “Sólo vine una vez a verla luego de su funeral, porque para ese momento no estuve presente. No me acuerdo mucho donde está”, argumenta.

Finalmente, aparece el lugar donde se encuentran los restos de Lutgarda. En él, escrito a mano con una especie de pintura blanca deteriorada con el tiempo, aparece el nombre de “Lutgarda T. Figueroa” y un florero hecho con la base de una botella cualquiera, que aún sostiene un par de flores resacas por el sol.

“¿Te imaginas?”, dice Gabriela frente al nicho de su abuela. “Haber hecho tanto en la vida. Trabajar, salir adelante en una etapa difícil y ser conocida, pero olvidada tan rápidamente. Nadie quisiera terminar en una tumba abandonada”, comenta mientras hace algunos esfuerzos para adornar el lugar. “Para mí, para mi familia, para mis nietos, para todos, ya es un orgullo, porque somos descendientes de ella, porque llevamos su sangre. Esa fuerza

⁴² Veneros, Diana: *Perfiles Revelados; Historias de Mujeres en Chile, siglos XVIII-XX*, Universidad de Santiago de Chile, 1997. 11 p.

interior que la caracterizaba; el no achacarse por nada, el proponerse algo y obtenerlo, no dejarse dominar y ser independiente, es un legado que cada uno de nosotros tendremos por toda la vida. Y déjame decirte, que no existe mejor herencia que esta”, agrega.



Lutgarda junto a su hijo y nietos en la celebración de cumpleaños de uno de ellos.
Foto: Archivo familiar.



Alguno de los paseos que realizaba Lutgarda con sus nietos y familia.
Foto: Archivo familiar.



Diploma perteneciente a Gerardo Watt, del cuerpo de bomberos de San Bernardo.
Foto: Archivo familiar.



Lugar donde existía la casa donde Lutgarda vivió sus últimos años de vida.
Foto: Marcela Vilaxa.



Lugar donde se encuentran los restos de Lutgarda Toro Figueroa.
Foto: Marcela Vilaxa.



Gabriela Watt, junto a la tumba de su abuela en San Bernardo.
Foto: Marcela Vilaxa.

Fuentes de la memoria

Personales

- **Bernardo Guerrero**, *vía e-mail, 10 de junio de 2009.*

Sociólogo, Universidad Católica del Norte. Director de Extensión Académica y Cultural de la Universidad Arturo Pratt de Iquique y director del Centro de Investigación de la Realidad del Norte.

- **Sergio González**, *vía e-mail, 12 de mayo de 2009.*

Sociólogo, Universidad de Chile. Director del Instituto de Estudios Internacionales -INTE- de la Universidad Arturo Pratt de Iquique, e investigador del Centro de Investigación del Hombre del Desierto -CIHDE-.

- **Diana Veneros**, *Santiago, 16 de octubre de 2009.*

Historiadora, Universidad Católica del Norte -UCN-. Investigadora especialista en género femenino y vicerrectora académica de la Universidad Metropolitana de Ciencias de la Educación -UMCE-.

- **Sergio Grez**, *Santiago, 28 de septiembre de 2009.*

Doctor en historia, Université Paris VII-Denis Diderot, Francia. Director del Museo Nacional Benjamín Vicuña Mackenna y profesor de la facultad de Filosofía y Humanidades de la Universidad de Chile.

- **Sara Benavides**, *vía telefónica, 2 de septiembre de 2009.*

Directora regional del Servicio de Cooperación Técnica -SERCOTEC- de Iquique. Pampina, nacida en la ex oficina salitrera Bellavista y presidenta de la corporación “Hijos del Salitre”.

Familiares de Lutgarda Toro Figueroa:

- **Gabriela Piña**, *Quilpué, enero, febrero y marzo de 2009.*

Nuera de Lutgarda Toro Figueroa y esposa de Gerardo Watt.

- **Olivia Watt**, *Quilpué, enero, febrero y marzo de 2009.*

Nieta de Lutgarda Toro Figueroa.

- **Gabriela Watt**, *Santiago, mayo y junio de 2009.*

Nieta de Lutgarda Toro Figueroa.

- **Gerardo Watt**, *San Bernardo, julio de 2009.*

Nieto de Lutgarda Toro Figueroa.

Documentales

1-. Libros

- González, Sergio: “Hombres y Mujeres de la Pampa”, LOM Ediciones, Santiago, 2002.

- Veneros, Diana: “Perfiles Revelados; Historias de Mujeres en Chile, siglos XVIII-XX”, Universidad de Santiago de Chile, 1997.

- Grez Toso, Sergio: “De la regeneración del pueblo a la huelga general. Génesis y evolución histórica del movimiento popular en Chile (1810-1890), DIBAM, Santiago, 1998.

- Alvarez, Manuel: “Iquique y el nitrato, tiempo de recordar”, Rocadi, Iquique, 1999.

2-. Documentos

- Certificado de nacimiento de Lutgarda, Hilda y Ramón Toro Figueroa, Servicio de Registro Civil e identificación.

- Muestras de mineral, Superintendencia del salitre, Ministerio de Hacienda. Propiedad de la familia Watt Piña.

- Patentes de minas correspondientes desde el año 1942 hasta 1965. Propiedad de la familia Watt Piña.

- Croquis de mensura y mapa de las minas “Hermosinia del 1 al 7”. Propiedad de la familia Watt Piña.

- Certificados notariales con las pertenencias del norte, a nombre de Lutgarda Toro Figueroa. Propiedad de la familia Watt Piña.

- Actas de mensura del Primer Juzgado de Iquique. Propiedad de la familia Watt Piña.

- Certificado de “gravámenes y prohibiciones” del Primer Juzgado de Iquique. Propiedad de la familia Watt Piña.

- Certificado de defunción de Lutgarda Toro Figueroa. Servicio de registro civil e Identificación.

3-. Diarios de la época

- Boletines oficiales de minería. Biblioteca Municipal de Iquique y propiedad de la familia Watt Piña.

- Periódico “El Nacional”. Biblioteca Municipal de Iquique.

4-. Portales en línea

- <http://www.revistapolis.cl/9/belen.doc>:

“Belén de Sárraga, librepensadora, anarquista y feminista” de Rafael Gumucio Rivas.

- <http://www.misrespuestas.com/que-es-la-iridologia.html>:

“¿Qué es la iriología?”, autor indefinido.

- <http://www.albumdesierto.cl/historia.htm>:

“Álbum del desierto”, IMATURA producciones.

- <http://www.memoriachilena.cl/temas/dest.asp?id=eleccionesvotofemenino>

“Elecciones, sufragio y democracia en Chile (1810-2005)”, Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos -DIBAM-.